

CAMINAR JUNTOS

Espiritualidad en tiempo de sínodos

Jorge Oesterheld

Contenido

Introducción	3
Caminar juntos	6
Sínodos y sinodalidad	6
Dificultades	8
Una forma de caminar	9
Preguntas para comenzar	10
¿Qué quieren?.....	10
¿Quién dicen que soy yo?.....	12
Los que no entienden	15
Sordos.....	15
Ricos.....	17
Los que ya saben	19
Escribas y fariseos.....	19
Pilatos.....	20
Mujeres que enseñan	23
María.....	23
Marta y María	24
La samaritana	26
Solo la noche	28
¿También ustedes quieren irse?	32
Al partir el pan.....	32
Primeras comunidades	33
Pedro	35
Pablo.....	39
La locura de la predicación	41
Sin palabras.....	43
Balbuceando nuevos lenguajes.....	44
Renovar el encuentro	48
Un poco de historia.....	48
Encuentro y camino	49
La noche y los signos.....	52
La Luz.....	52
La Cena	53
El agua.....	55
La Cruz	57
Conclusión: el lenguaje de siempre para las noches de hoy	59

Introducción

Tenemos poco tiempo. Los textos deben ser breves. Con un rápido golpe de vista el lector tiene que poder enterarse de toda la propuesta del autor y de inmediato estar en condiciones de resolver si el texto que tiene en sus manos es de algún interés. Nada de introducciones ni declaraciones de principios, vamos a lo que importa: ¿de qué trata este libro?

Este libro pretende ofrecer una reflexión breve sobre las enormes dificultades que enfrentan quienes se proponen *caminar juntos* en este tiempo acelerado en el que nadie está dispuesto a perder un segundo para esperar al que camina a su lado. Es un libro escrito por un sacerdote católico en una época en la que la Iglesia ya no se presenta en el escenario de la historia como a una gran fortaleza sino que aparece más bien como un frágil y tambaleante castillo de naipes.

Son reflexiones escritas por alguien que no comparte la opinión de quienes creen que asistimos al fin de una anticuada institución de dos mil años de historia y que transitamos una época poscristiana que olvidará para siempre aquella aventura iniciada por Jesús de Nazaret. Aunque tampoco el autor comparte el excesivo optimismo de quienes creen que “con mucha fe” y “organizando cadenas de oración”, se logrará destruir a “los enemigos de la Iglesia” y de esa manera se superará esta pesadilla pasajera para lograr un retorno a “los buenos tiempos”.

Los buenos tiempos son los que estamos viviendo, en ellos conviene demorarse lo necesario para escuchar la voz del Espíritu que habla a nuestro espíritu.

Este libro está escrito en un momento especial: cuando en medio de la tormenta la Iglesia convoca a *caminar juntos*, a realizar lo que se llama “*sínodos*”. Pero es un tiempo en el que no solo se trata de convocar a algunas reuniones sino de avanzar hacia una Iglesia que sea más *sinodal* para ir al encuentro de aquel Jesús de Nazaret que vive en el que camina a nuestro lado y al que tenemos que esperar porque no avanza a nuestro ritmo (Capítulo I).

Es un libro escrito para encontrar los motivos por los que hay que detenerse junto al que ya se cayó y está tirado al borde del camino. Es un libro escrito con la esperanza de encontrar la frescura de un lenguaje nuevo en palabras y signos que tienen vida desde hace dos mil años. Es un libro para quienes no quieren dejarse llevar por “la cultura del entretenimiento” y aún creen que huir de la superficialidad no es una pérdida de tiempo.

Para avanzar en nuestro recorrido vamos a ver cómo camina Jesús con sus discípulos. En primer lugar algunos diálogos nos descubrirán la intimidad de la relación entre el Maestro y esos amigos y amigas que lo siguen a todas partes (Capítulo II). Luego observaremos cómo es la relación que tiene con quienes no pueden comprender lo que él dice, con aquellos que parecen sordos, que no lo escuchan (Capítulo III). A esas personas Jesús también las invita a caminar con él.

Además es importante prestar atención a la situación que se plantea con las personas que no comprenden lo que el Maestro dice porque por sus propios conocimientos creen que ya saben de lo que Jesús está hablando (Capítulo IV). Los evangelios nos presentan dos tipos de personajes que representan a esta clase de individuos. Por una parte, los escribas y los fariseos, aquellos que creen saber mucho de religión, que conocen las Sagradas Escrituras y la ley de Moisés; los que hoy llamaríamos "*profesionales en cuestiones religiosas*". Y por otra, alguien como Pilatos, que simboliza a todos los que no comprenden al Maestro porque están atrapados por lo que en nuestro tiempo llamamos "*intereses*" o "*ideologías*".

Finalmente, y para terminar una primera parte, vamos a encontrar algunas mujeres que enseñan a escuchar de una manera nueva (Capítulo V). De ellas podemos aprender algunas pistas para aguzar el oído cuando habla Jesús y para escucharnos mejor entre nosotros. María, la madre de Jesús, Marta y María, amigas del Maestro, o la samaritana que lo encuentra junto al pozo de Jacob, son personajes que representan una manera distinta de escuchar. En los evangelios aparecen como las grandes maestras en el arte de la escucha que se hace de verdad, con el corazón.

Luego vamos a detenernos. Recordaremos aquella noche que cambió la historia y veremos como "la noche" se convierte en tiempo, lugar y signo de un caminar completamente nuevo (Capítulo VI).

A partir de ahí avanzaremos por un terreno diferente, vamos a observar cómo es la comunicación con Jesús después de la muerte del Maestro, cuando Pedro y los otros discípulos comienzan a hablar de la resurrección del crucificado de una manera sorprendente (Capítulo VII). Si bien se trata de las mismas personas veremos cambios notables en la forma que adquiere la comunicación entre ellos.

Mirar detenidamente esa nueva manera de comunicarse es especialmente importante, porque en nuestro tiempo es esa la forma de comunicarnos tanto con el Señor como con los que caminan junto a nosotros. Ya no podemos hablar como se habla por los caminos de

Galilea, después de la mañana de la resurrección comenzó un tiempo completamente nuevo. Comenzó nuestro tiempo.

En ese punto del camino será necesario preguntarnos si queremos seguir adelante (Capítulo VIII). Es probable que todo lo que habíamos imaginado se vea desafiado por demasiadas novedades. *Caminar juntos* adquiere una dimensión diferente y podemos sentir que el compromiso nos produce vértigo. No es fácil experimentar la fuerza del Espíritu de Jesús que nos impulsa hacia horizontes inesperados. Especialmente Pedro y Pablo serán quienes nos introducen en esos novedosos recorridos.

Finalmente volveremos a la noche, es allí donde nace la luz de la mañana y a partir de entonces solo se puede hablar a través de signos: luz, agua, pan, vino, viento son solo algunos pocos ejemplos (Capítulo IX). Pero lo más importante: a partir de esa noche el gran signo serán esos hombres y mujeres que *caminan juntos* siguiendo al Maestro.

La búsqueda propuesta no pretende ofrecer atajos ni permite descubrir técnicas de comunicación novedosas y eficaces, intentaremos aproximarnos a la experiencia de *caminar juntos* desde una perspectiva espiritual. En el camino nos vamos a encontrar con gestos, breves narraciones, cuentos, poemas, preguntas, silencios, rumores. Tropezaremos con muchas afirmaciones que se parecen a aquellas que los japoneses llaman *koan*,¹ breves relatos que se presentan como adivinanzas que nos invitan a ir más allá del sentido literal de las palabras. Apenas chispas que brillan un instante pero que pueden iluminar mejor que largos y sensatos discursos.

Así habla Jesús, así iluminan los relatos de los primeros discípulos, así suenan los diálogos que enseñan a *caminar juntos* por un camino sinodal, un camino espiritual y sorprendente.

El texto no es tan breve como los que encontramos en internet pero es muy breve si tenemos en cuenta la inmensidad del tema. Se ha procurado ser lo más sintético posible sin abandonar la necesaria profundidad que algunas cuestiones exigen. Progresar en nuestra vida espiritual no es una salida de emergencia por la cual transitar apresuradamente en los momentos de dificultad, sino el comienzo de un largo, desafiante y sorprendente camino. De eso se trata, estamos invitados.

¹ Un *kōan* (公案; Japonés: *kōan*, del Chino: *gōng'àn*) es, en la tradición zen, un problema que el maestro plantea al alumno para comprobar sus progresos. Muchas veces el *kōan* parece un problema absurdo (véase: *aporía*), ilógico o banal. Para resolverlo el novicio debe desligarse del pensamiento racional común para así entrar en un sentido racional más elevado y así aumentar su nivel de conciencia para intuir lo que en realidad le está preguntando el maestro, que trasciende al sentido literal de las palabras. (Wikipedia)

Caminar juntos

Desde que nacemos necesitamos compartir la vida, no podemos hacer nada solos. Las mejores experiencias que vivimos, aquellas que nos llenan de más dicha y plenitud, están relacionadas con nuestra capacidad de comunicarnos y compartir; por otra parte, los mayores sufrimientos están en relación con los fracasos en la convivencia, con la dificultad para *caminar juntos*.

En soledad es imposible crecer como personas, necesitamos de los otros desde el principio hasta el fin de la vida. El ser humano completamente solo no existe, no puede vivir. Aún en los casos de aquellas personas que eligen vivir en soledad, es obvio que pueden hacerlo gracias a un largo camino que no hicieron solas; y gracias, también, a que esa soledad elegida adquiere sentido porque en otro sitio, a mayor o menor distancia, viven hombres y mujeres de quienes han decidido apartarse.

Sínodos y sinodalidad

Si miramos hacia atrás, hacia las raíces de nuestra cultura grecolatina, podemos descubrir que esa acción tan común de *caminar juntos* se designa con la palabra "sínodo"¹. En la Iglesia Católica la palabra sínodo se utiliza para designar reuniones de obispos que se realizan para tratar determinadas cuestiones. Últimamente, después del Concilio Vaticano II, en varias oportunidades los papas han retomado esta antigua tradición en varias oportunidades convocando a diferentes *sínodos* sobre distintos temas.

Para comprender con propiedad el término es inevitable referirse, aunque sea brevemente, a algunas cuestiones un poco técnicas. Según el Código de Derecho Canónico "el sínodo de los Obispos es una asamblea de Obispos escogidos de las distintas regiones del mundo, que se reúnen en ocasiones determinadas para fomentar la unión estrecha entre el Romano Pontífice y los Obispos, y ayudar al Papa"² en la tarea de conducir la Iglesia en todos los lugares en los que ella se encuentra desarrollando su tarea. Sin embargo no se trata de una institución que se refiere solo al ámbito de la Iglesia extendida por el mundo, también se realizan sínodos a nivel de las iglesias locales, como las diócesis; o de las regiones pastorales, por ejemplo las Conferencias Episcopales.

¹ del latín *sinŏdus*, y este del griego σύνοδος [*sínodos*], "caminar juntos".

² Código Derecho Canónico 342

Desde el principio el significado de la palabra “*sínodo*” se extiende más allá de las cuestiones jurídicas y designa también una forma de considerar el ejercicio de la autoridad en la Iglesia. El Papa Francisco lo explica diciendo que “*el Sínodo de los Obispos es la más evidente manifestación de un dinamismo de comunión que inspira todas las decisiones eclesiales*”¹ y agrega en el mismo discurso: “*la sinodalidad, como dimensión constitutiva de la Iglesia, nos ofrece el marco interpretativo más adecuado para comprender el mismo ministerio jerárquico*”. De esta manera el significado del término se desplaza de una definición jurídica que designa un tipo de reuniones, a una afirmación sobre la naturaleza y el ejercicio de la autoridad en la Iglesia.

Más aún, como dice también Francisco, la expresión deriva hacia la designación de un estilo de Iglesia que apunta más allá de los límites de la misma institución: “*nuestra mirada se extiende también a la humanidad. Una Iglesia sinodal es como un estandarte alzado entre las naciones en un mundo que —aún invocando participación, solidaridad y la transparencia en la administración de lo público— a menudo entrega el destino de poblaciones enteras en manos codiciosas de pequeños grupos de poder*”².

Por lo tanto, “*sínodo*” es una expresión que no solo se refiere a una institución jurídica, sino que recuerda las raíces mismas de la vida cristiana. Ya los evangelios muestran a Jesús *caminando junto* a aquellos hombres y mujeres que lo seguían. Esa pequeña comunidad, que fue la semilla de la que nace la Iglesia, se forma en los caminos de Galilea *caminando junto* al Señor.

La tarea de organizar sínodos se describe correctamente con la expresión “*caminar juntos*”, que es más actual y no requiere de muchas explicaciones. Sin embargo la Iglesia conserva desde siempre la palabra “*sínodo*” por tratarse de un término cargado de historia y, también, de un significado más específico que el genérico y más moderno: “*caminar juntos*”.

Gracias al impulso de los últimos papas en nuestro tiempo se registra una nueva valoración de la importancia, la necesidad y la riqueza de *caminar juntos* en la Iglesia, de realizar *sínodos*. Pero una cosa es convocar reuniones a las que se llama “*sínodos*”, y saber por experiencia que es necesario concretarlas, y otra es llevar a la práctica esta noble y antigua tradición. La experiencia demuestra que en muchas oportunidades los propósitos no logran sus objetivos y que al poco tiempo de andar aparecen dificultades que *no sabemos* como

¹ Discurso 17/10/2015

² *Ibíd.*

superar. Parece que en algún momento de la historia se perdió la capacidad de caminar en comunidad.

Dificultades

Si aceptamos que *no sabemos* ya dimos un paso importante, el paso siguiente será disponernos a *aprender*. Un decreto papal o una decisión episcopal apenas pueden iniciar el recorrido, marcar un rumbo, pero *caminar juntos* es algo que es preciso aprender y que no es fácil, entre otras cosas, porque el mundo hoy nos enseña constantemente lo contrario. Nuestra sociedad nos capacita permanentemente para NO caminar juntos, para buscar cada uno su propia ruta sin mirar a los costados. Cada día convivimos con actitudes que hacen casi imposible participar, compartir, confiar en los demás.

Es cierto que en la actualidad también se nos ofrecen algunos recursos para aprender a compartir el camino, para hacer las cosas en equipo, para romper el aislamiento en el que es fácil encerrarnos. Sería bueno acercarse a esas metodologías de trabajo e incorporar nuevas formas de hacer las cosas. Pero es necesario tener en cuenta que, por lo general, ese tipo de capacitaciones están destinadas a proyectos que no resultan fáciles de adaptar a lo que queremos hacer en la Iglesia cuando pretendemos *caminar juntos*.

¿Cuál es la diferencia entre muchas de aquellas técnicas y lo que nos proponemos en la Iglesia? La raíz de esa diferencia se encuentra en la manera de convivir que nos propone una sociedad que acepta como algo obvio e inevitable el egoísmo, el afán de poder, las actitudes soberbias o poco respetuosas. Conviene estar atentos porque fácilmente se incorporan formas de convivir que se fundan en la desconfianza, la pelea, la competencia constante.

Un ejemplo nos puede servir. En cualquier reunión de comerciantes, políticos o empresarios, encontramos frases incuestionables sobre lo importante que es "escuchar al otro". Sin embargo no se *escucha* de la misma manera en una charla familiar o parroquial que en un acto político, en una asamblea gremial, o en una reunión en un club de fútbol.

Cuando en la Iglesia utilizamos palabras como *escuchar*, *compartir*, *caminar juntos*, nos referimos a algo profundo y comprometedor, a algo que afecta toda la vida; que no nace solo de la necesidad de hacer en común un trabajo o de compatibilizar diversas opiniones, sino de compartir una experiencia de vida y una forma de ver la realidad. También por este motivo parece bueno conservar la palabra *sínodo* para indicar una manera muy especial de *caminar juntos*.

Una forma de caminar

La propuesta de *caminar juntos* que encontramos en los evangelios va mucho más allá del aprendizaje de algunas técnicas de comunicación o de trabajo en equipo, se trata de algo tan profundo que no es fácil de comprender o de aceptar en una primera mirada. Al avanzar por este sendero, es probable que nos ocurra lo mismo que a aquellos hombres y mujeres que siguen a Jesús por los caminos: ellos descubren poco a poco lo que el Maestro propone, lentamente se dan cuenta que esa propuesta es muy diferente de lo que habían imaginado cuando comenzaron a dar los primeros pasos. A esos amigos de Jesús les costó un gran esfuerzo comprender al Señor cuando habló de ser *nuevas creaturas*, o cuando dijo que tenían que *volver a nacer*. Más difícil fue aceptar que era necesario *sufrir, morir y resucitar!*

Animarnos a *caminar juntos* en la Iglesia es difícil porque no se trata solamente de proponernos trabajar más coordinadamente en algunas actividades, no es una cuestión de eficacia organizativa, no se hace un sínodo para ordenar horarios de misas y acordar calendarios de actividades; el objetivo es otro, un sínodo se hace para *caminar juntos* como Jesús enseñó a caminar cualquiera sea la problemática por considerar.

Se trata entonces de mirar atentamente cómo es la forma de caminar *que es propia de los discípulos de Jesús*, para así avanzar en esa dirección y luego poder compartir esa experiencia con quienes desde otras creencias, o puntos de vista, avanzan también junto a nosotros por el camino de la vida.

En última instancia en nuestro tiempo nos proponemos hacer lo que la Iglesia viene haciendo desde que nació: crear comunidades en las que sea posible que las personas se comuniquen de una forma distinta a la que se utiliza habitualmente. El amor al que llama Jesús se concreta en un modo de escuchar, de hablar, de comunicarnos. Jesús, en su caminar con los discípulos, les enseña a comunicarse entre ellos de una manera muy diferente a la que habían aprendido y a la que estaban acostumbrados.

Cuando se nos invita a un *sínodo* se nos llama a aprender una nueva forma de encontrarnos, de compartir, de hablar y escuchar, de alegrarnos y de sufrir; en una palabra, a una vida completamente nueva, como dice Jesús, a "volver a nacer".

II

Preguntas para comenzar

En los Evangelios encontramos muchos elementos que nos ayudan a *caminar juntos* y nos enseñan a dialogar en el camino. Vamos a comenzar por dos preguntas que formula el mismo Jesús y que nos indican el rumbo del recorrido al que somos invitados y, también, la profundidad asombrosa que nos aguarda.

¿Qué quieren?

El evangelio de Juan señala que el Señor comienza a *caminar junto* con sus discípulos cuando su primo, Juan el Bautista, al ver pasar a Jesús, dice a dos de sus seguidores que ese que va ahí es "*el Cordero de Dios*"¹. Ellos lo siguen, curiosos, hasta que el Señor se da vuelta y pronuncia las primeras palabras con las que iniciaría sus años de incansable caminar: "*¿qué quieren?*" Después pronunciará muchos discursos memorables, pero sus primeras palabras suenan así de concretas y simples, "*¿qué quieren?*".

Esas todavía hoy son sus primeras palabras. Cada vez que nos acercamos a él, de una manera u otra, nos pregunta qué queremos. Y nosotros, ¿qué queremos? ¿para qué queremos caminar junto a Jesús? Todo el recorrido que tenemos por delante dependerá de ese primer paso, de la respuesta que brote en nuestro corazón ante esa pregunta.

Aquellos discípulos saben lo que quieren y con su respuesta expresan algo bien concreto: "*Maestro ¿dónde vives?*". No dicen queremos que nos salves o que nos cures o que nos enseñes; el interés no está puesto en ellos mismos, en algo que necesiten o busquen; lo que quieren es saber más acerca de él, y algo bien específico: "*¿dónde vives?*", quieren conocer mejor la vida de Jesús.

A nosotros, que miramos la escena desde lejos y queremos caminar junto a aquellos discípulos y a ese Maestro, no se nos dice en dónde vivía Jesús, cómo era ese lugar. Solo se nos informa que el Señor a ellos sí les dice, y que fueron y vieron dónde era; y se apunta que varios años después se acuerdan hasta de la hora, "*alrededor de las cuatro de la tarde*". ¿Cómo olvidarlo?

Ver dónde vive alguien nos dice mucho de cómo es esa persona. Ver el lugar permite saber también el cómo, de qué manera vive. Para ellos es tan impactante que a partir de ese momento comienzan a caminar

¹Jn. 1, 35

junto a él, sus vidas cambian, corren a contar ese encuentro a sus amigos y los invitan para que ellos también vayan a caminar; es tanta la impresión que dicen a quien quiera escucharlos "¡hemos encontrado al Mesías!". No podían imaginar entonces hasta dónde los conduciría ese camino.

Jesús repite la misma pregunta a quienes se acercan a él en varias oportunidades y cada una de ellas contiene nuevas enseñanzas para aprender a comunicarnos mejor. Una de esas ocasiones la encontramos en la escena en la que un ciego se dirige al Señor con un grito: "*¡Ten compasión de mí!*" Jesús le contesta con una pregunta "*¿qué quieres que haga por ti?*"¹ En nuestro apresuramiento pensamos que la pregunta está de más porque si esa persona es ciega lo que debe querer es que el Señor la cure. Como el ciego es un mendigo quienes acompañan a Jesús también se dejan llevar por sus prejuicios y suponen que el hombre está pidiendo dinero, por eso le dicen que no grite, que no moleste al Maestro.

En realidad los ciegos son aquellos que no "ven" al ciego, sólo ven a un mendigo que pide o a un hombre que espera un milagro. Pero Jesús no da nada por supuesto, se detiene y le pregunta: "*¿qué quieres que haga por ti?*" Recién entonces el hombre exclama "*Señor ¡que vea!*" Para nuestro asombro el Maestro no lo trata ni como ciego ni como mendigo, lo trata con el respeto y la consideración que se debe a cualquier persona.

La pregunta de Jesús, "*¿qué quieren?*", contiene una invitación a mirarnos, a observar nuestro propio corazón. Nos anima a expresar el motivo, aquello que nos mueve a caminar junto a él. Como otras preguntas del Señor ésta parece muy simple, pero encierra un desafío inmenso: nos propone decirnos a nosotros mismos la verdad sobre algo esencial que condicionará todo lo que digamos y hagamos durante el camino que queremos compartir. Es una pregunta para el primer día, pero que está destinada a repetirse a cada paso.

Jesús no da por supuesta la respuesta, nos desafía, hay que atreverse a responder, a formular en palabras nuestro propósito, a descubrir esa intención que se encuentra en el fondo de nuestro corazón. No siempre será fácil encontrar las palabras exactas pero es necesario hacer el esfuerzo de buscarlas. Atrevernos a descender hacia esa profundidad puede resultar una tarea desconocida y hasta provocarnos un poco de vértigo. Para ser capaces de compartir el camino es indispensable poder responder.

¹ Marcos 10, 46-52

El mundo y el tiempo en el que vivimos no nos hace esa pregunta, al contrario, nos enseña a vivir en la superficie de nosotros mismos y en la superficie de quienes comparten el camino. Más aún, influenciados por esa cultura en ocasiones preferimos caminar solos justamente para no tener que responder a ese tipo de preguntas. Pero Jesús no se hace cómplice de nuestras trampas, caminar con él es avanzar por ese misterioso y fascinante sendero que conduce hacia nuestro interior e intentar desde allí una respuesta personal.

La pregunta sigue ahí, dirigida a todos los que decimos que queremos caminar junto al Señor: "*¿qué quieren?*" En la medida en la que somos capaces de responder con valentía, expresando de verdad lo que queremos, podemos comunicarnos con claridad, comprometernos, animar a otros a ser igualmente claros y sinceros.

Conviene repetirlo: siempre que nos acercamos a él, de una manera u otra nos encontramos con su pregunta *¿qué quieres?* Nosotros: ¿qué queremos? ¿algún favor, para ser mendigos más afortunados? ¿queremos ver? ¿queremos saber dónde vive? Jesús conoce bien lo que hay en el corazón de quienes se le aproximan, no interroga como cuando alguien toma un examen, cuando él pregunta qué queremos es para que nosotros mismos, al expresarlo, lo sepamos mejor y nos conozcamos más.

Al escuchar este tipo de preguntas tenemos la tentación de dar un paso atrás, no es fácil responder. Puede ocurrir que nuestra primera reacción sea escapar, buscar alguna manera de no contestar. Expresar lo que queremos, nos compromete y nos obliga a buscar con cuidado las palabras. Tanteamos como ciegos. Decir de verdad lo que queremos nos expone, muestra lo que somos. Pero es una respuesta ineludible si de verdad queremos *caminar juntos* siguiendo al Señor.

¿Quién dicen que soy yo?

"*Jesús salió con sus discípulos hacia los poblados de Cesarea de Filipo, y en el camino les preguntó: ¿Quién dice la gente que soy yo?*"¹ Esa pregunta que hace el Señor a sus amigos mientras va caminando con ellos, será el comienzo de un nuevo diálogo y de una oportunidad para que logremos aprender más sobre cómo escuchar al Maestro y caminar con él.

Aquel día, los que siguen a Jesús en un primer momento responden a su pregunta de varias maneras, "*algunos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas*". Pero luego el Señor quiere saber lo que piensan ellos, "*y ustedes, ¿quién dicen que*

¹ Cfr. Mc 8, 27-35

soy yo?" Pedro responde en nombre de todos: *"tú eres el Mesías"*. Es una respuesta correcta, pero el asunto no es tan simple. La palabra "Mesías" se presta a malentendidos y el Señor aclarara su significado. Entonces *"comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días; y les hablaba de esto con toda claridad."* El Nazareno no tranquiliza a los discípulos con respuestas fáciles.

La reacción de Pedro es comprensible y conviene observar detenidamente lo que el Apóstol hace y dice. Veamos. Pedro lleva a Jesús *"aparte"*, es decir, lo saca del camino. Jesús se enoja y le dice que se retire ¿por qué? Ocurre que el discípulo se ha puesto delante del Maestro y le impide el paso. No es ese su lugar. La palabra "discípulo" quiere decir "el que sigue en el camino". El Señor llama a Pedro *"Satanás"* porque se interpone en su ruta. Entonces Jesús, *"dándose vuelta y mirando a sus discípulos"*, es decir, retomando la dirección del camino, le reclama volver a su lugar: *"ve detrás de mí"*. ¿Qué es lo que aparta a Pedro del camino y lo convierte en "Satanás"? Que sus *"pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres"*.

Jesús explica grandes verdades con un lenguaje accesible, con imágenes familiares para su auditorio y breves parábolas que sus oyentes pueden comprender. Pero no conviene confundirse, no es lo mismo usar palabras y mensajes comprensibles que hablar de Dios como si se tratara de un tema como cualquier otro.

El Señor no simplifica el misterio, no lo reduce a frases atractivas e impactantes, no trata a sus discípulos como si fueran incapaces de acceder a aquel Dios *"que habita en una luz inaccesible"* ¹ y no pretende conformarlos con argumentos baratos. Tampoco considera a sus discípulos como necios que no podrán nunca acceder a ese misterio que él ha venido a revelar. Jesús habla a sus discípulos *"con toda claridad"*, y por eso mismo en muchas ocasiones sus palabras son desconcertantes e inesperadas.

Aprender a escuchar junto a Jesús implica renunciar a la superficialidad y las respuestas cómodas, caminar junto a él es avanzar por senderos misteriosos. No deberían sorprendernos las dificultades porque nunca se nos presentó como un camino fácil y llevadero. Por el contrario, estamos llamados a caminar juntos precisamente porque necesitamos la ayuda de los demás para poder recorrerlo.

Caminar juntos no es una tarea sencilla, implica nerviosismos, discusiones, momentos tensos. Ni siquiera Jesús queda al margen de esas dificultades. Nuestros pensamientos son "de los hombres" cuando

¹ I Tim. 6,16

creemos que caminar juntos en torno a Jesús será recorrer un sendero rodeado de flores y bellos paisajes. Eso es lo que imagina Pedro cuando se interpone en el camino de Jesús reprendiendo al Maestro porque decía que *"debía sufrir mucho y ser rechazado"*. El Señor no evita las dificultades, dice las cosas como son aunque eso implique resistencias y traiga inquietudes. Si caminamos con Jesús no tenemos nada que temer, pero eso no es lo mismo que imaginarnos una marcha triunfal y sin obstáculos.

Cada uno de los que caminamos llevamos con nosotros la historia de nuestra vida, la de nuestras familias y la de nuestros pueblos. Esas historias han dejado cicatrices, miedos, frustraciones y también vivencias que nos han enriquecido; todas las experiencias vividas están presentes a cada paso. Caminar juntos implica compartir vidas muy diferentes y por ese motivo el camino es fascinante pero a la vez espinoso. En esa comunicación que se genera al caminar con otros junto a Jesús, de una manera u otra cada caminante está preguntando a los demás: *"y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?"*.

III

Los que no entienden

Las dificultades para lograr una buena comunicación se ven reflejadas en muchos textos de los Evangelios. En primer lugar vamos a detenernos solamente en las enseñanzas que encontramos en la curación de un sordomudo y en dos pasajes que nos hablan del peligro de las riquezas. Luego observaremos a algunos personajes a quienes *lo que ya saben* les impide comprender lo que Jesús dice.

Sordos

Si caminamos con los discípulos junto a Jesús descubrimos rápidamente, a los pocos pasos, que el Maestro se comunica con hechos y con palabras. En muchas oportunidades las palabras acompañan lo que hace, y en otras, lo que hace da vida a sus palabras. Muchas de esas acciones que Jesús realiza son llamadas "señales", "signos"; en algunos casos se trata de milagros extraordinarios y en otros de pequeños gestos.

En una ocasión Jesús realizó uno de esos signos asombrosos: curó a un mudo abriendo su oído. Observemos despacio: para que alguien pueda hablar cura su sordera. Cuando el sordo puede escuchar, entonces se suelta su lengua. Somos capaces de hablar porque somos capaces de escuchar y por eso escuchando aprendemos a hablar. Para aprender a *caminar juntos* debemos recordar la relación directa que existe siempre entre la capacidad de hablar y la capacidad de escuchar, son como las famosas dos caras de una misma moneda.

En el caso de este milagro, Jesús hace un signo que va más allá de la curación de aquel hombre. Su gesto tiene un destinatario inmediato, el que resulta curado de su mal; pero en realidad está destinado a muchas otras personas: en primer lugar a los discípulos que lo acompañan en el camino, pero además a otros que están allí presentes; también a quienes se enterarían después de lo que había hecho Jesús y, finalmente, es un signo destinado a nosotros que lo hacemos presente dos mil años después al releer los evangelios.

La enseñanza es simple y conmovedora, la podemos sintetizar así: cuando no sabemos qué decir, cuando no tenemos palabras, cuando quedamos mudos, se debe a que padecemos alguna forma de sordera, aún no hemos escuchado lo suficiente o no lo hicimos bien.

Al realizar este milagro el Señor está diciendo algo que tiene consecuencias muy concretas en la vida de todos los días: por ejemplo,

cuando un padre o una madre no encuentran la manera de comunicarse con su hijo es posible que aún no hayan escuchado lo necesario. Lo mismo puede ocurrirle al hijo con respecto a sus padres, o a un maestro con sus alumnos. Igualmente pasa con los compañeros de camino. Cuando no sabemos qué decir, entonces es el momento de ponerse a escuchar más.

O también, si lo que decimos no se entiende es probable que no haya que decirlo otra vez y del mismo modo, ni tampoco sea el momento de levantar la voz, sino que habrá que escuchar mejor para así encontrar en nosotros palabras que los demás entiendan.

A veces creemos que *habla bien* el que puede despachar largas parrafadas sin recurrir a un papel, o quien tiene la habilidad de seducir u ocultar la verdad detrás de discursos atractivos. Pero en primer lugar hablar bien consiste en saber hacer el bien con lo que se dice. La expresión no se refiere solo a la buena oratoria; habla bien quien sabe decir la verdad o, por ejemplo, habla bien aquel que usa las palabras para construir fraternidad y transmitir serenidad. Para *caminar juntos* es importante saber hablar bien, es decir, saber hacer el bien con lo que se habla, y para eso es preciso aprender a escuchar bien.

El tema viene de lejos, la necesidad de "*saber escuchar*" está presente en toda la Biblia. En ella descubrimos que el Dios de Israel es *un Dios que habla*, por este motivo un buen israelita debe *saber escuchar*. En muchas circunstancias en la historia del pueblo elegido se enseña a escuchar. Uno de esos momentos se encuentra relatado en el Primer Libro de los Reyes ¹, allí se presenta a Salomón cuando se encuentra ante la inmensa tarea de gobernar al pueblo de Israel y se dirige a Dios implorando ayuda. Dios le dice que puede pedir lo que quiera. Entonces él pide "*un corazón capaz de escuchar, para poder gobernar a tu pueblo*". "*Al Señor le agradó que Salomón le hiciera este pedido*", le concede lo que solicitó y le explica por qué: "*porque tú has pedido esto, y no has pedido para ti una larga vida, ni riqueza, ni la vida de tus enemigos*".

"*Un corazón capaz de escuchar*" es necesario para saber gobernar, un pueblo, una familia, a uno mismo. En ese diálogo entre Dios y Salomón, y en muchos otros textos de la Escritura, se nos enseña que se escucha con el corazón, más que con el oído.

Pero para saber escuchar con el corazón, tenemos que poder escuchar nuestro propio corazón y, como bien sabemos, en nuestro interior suenan muchas voces, ¿cómo distinguir entre las palabras que vienen de lo mejor que hay en nosotros de las que habitan en rincones más oscuros, como pueden ser la envidia o el miedo? Caminando junto a

¹ | Rey 3,9

Jesús aprendemos que para lograr comunicarnos tenemos que saber distinguir entre las buenas y las malas voces que resuenan en nuestro interior y, también, en los corazones de quienes caminan con nosotros.

Para aprender a *caminar juntos* quizás el primer paso es aceptar que somos más sordos de lo que creemos y que necesitamos que el Señor cure nuestra sordera; aceptar que en ocasiones hablamos mal y hacemos daño con lo que decimos por no escuchar lo suficiente y no hacerlo bien.

Ricos

Jesús enseña a sus discípulos cuál es una de las mayores dificultades para escuchar y muestra el origen de nuestras sorderas. Una vez más el Maestro sorprende: dice que la incapacidad de escuchar está relacionada con nuestras riquezas, con aquellas cosas a las que nos aferramos.

En una ocasión, mientras Jesús avanza por el camino aparece ante él un personaje muy especial: es muy ansioso, llega corriendo y se arroja de rodillas a su paso; se trata de alguien rico y a quien su riqueza no le alcanza para ser feliz, quiere que Jesús le diga cómo conseguir lo que no puede comprar: "*vida eterna*" ¹. Es una buena persona, dice que cumple los mandamientos, pero no se conforma con eso, busca algo más. Jesús lo mira con amor y le dice lo que le falta hacer: dejar de pensar en sí mismo, ocuparse de los demás y confiar en Dios.

Como suele ocurrir a los ricos, este buen hombre teme perder lo que tiene. Ese "algo más" que está buscando, y que llama "*vida eterna*", parece estar relacionado con esa inseguridad que inquieta su corazón, necesita algo más sólido que su riqueza, algo que sea para siempre. Jesús lo va a desilusionar. En lugar de "*vida eterna*" el Señor le propone seguirlo a él, o sea, le propone exactamente lo que el pobre hombre rico no está buscando: incertidumbre, vida no-eterna, frágil, peligrosa.

Esta escena se desarrolla en presencia de los discípulos y el evangelista la sitúa en el preciso momento en que el Señor está tratando de hacerles comprender que el Mesías debe padecer mucho y morir. Inesperadamente descubrimos que ese rico que aparece en el camino representa a los discípulos. Jesús les está diciendo, nos está diciendo, que seguirlo a él no es solamente ser bueno ni, menos aún, soñar con una buena vida.

La situación se complica más cuando el Señor dice: "*es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino*

¹ Cfr. Mc. 10,17

de Dios". El "ojo de aguja" eran unas puertas pequeñas construidas con ese tamaño y forma precisamente para que por ahí no puedan pasar los camellos. Jesús está diciendo a quienes caminan a su lado que las puertas del Reino están diseñadas para que por ellas no puedan pasar los ricos.

Los discípulos no pueden creer lo que escuchan y a nosotros también puede costarnos comprender lo que el Maestro está diciendo. Para entender las palabras de Jesús tenemos que prestar atención a Pedro y a los demás. Ellos no dicen "pobres los ricos que no se van a salvar", la pregunta que se hacen, y que le formulan a Jesús, es otra bien diferente: "entonces, ¿quién podrá salvarse?". Comprenden que no se trata de una cuestión económica sino de algo más profundo. Los seguidores del Señor eran pobres, pero perciben que la advertencia de Jesús también está destinada a ellos.

Esos hombres y mujeres que estaban junto al Señor no tenían dinero, pero sienten que Jesús los está invitando a dejar otro tipo de riquezas, por ejemplo sus seguridades o sus pretensiones de ocupar los primeros lugares. Los discípulos empiezan a descubrir que para escuchar y comprender al Maestro tienen que estar dispuestos a dejarlo todo; que sus riquezas, aunque fueran pobres riquezas, resultan un obstáculo insalvable, los vuelven sordos, les impiden entender. El hombre rico se aleja triste, los discípulos se quedan junto al Señor, siguen caminando.

En otro momento, en una de sus discusiones con los fariseos que se acercan al Señor mientras va por los caminos, Jesús regresará sobre el mismo tema. A esos especialistas en la ley, que no entienden lo que el Señor dice, les cuenta una parábola y les habla de un hombre muy rico y otro muy pobre, tan pobre que padecía hambre y "ansiaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico". Todo parece indicar que Jesús se refiere a la injusticia social, a la importancia de apiadarse con quien padece necesidades; pero en el momento de la conclusión el relato adquiere un giro inesperado.

¿Cómo es ese final? El rico muere y es condenado al sufrimiento, entonces pide que el pobre vaya a la casa de su familia para avisar lo que les espera y de esa manera evitarles aquel dolor. En ese momento se dice al rico: "tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen". Pero él responde que no, que eso no lo van a escuchar, pero que si un muerto va a verlos entonces sí escucharán. La conclusión de la parábola no deja lugar a dudas: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, aunque resucite alguno de entre los muertos, tampoco escucharán" ¹. Lo que a los ricos impide escuchar son los bienes que han acumulado, esa riqueza es la causa de su sordera. Poco después Jesús resucitará y algunos seguirán sin escuchar.

¹ Lc. 16, 19-29

IV

Los que ya saben

Escribas y fariseos

Jesús se encuentra en Cafarnaúm y se llena la casa en la que Él estaba. La gente se amontona en la puerta y no se puede entrar. Entonces comienzan una serie de acontecimientos que muestran de qué manera se comunica Jesús, cómo no evita los conflictos y cómo es capaz de enojarse desde el amor y no desde la enemistad.

Según relata Marcos, una serie de hechos asombrosos se desencadenan cuando cuatro hombres que llevan a un paralítico y no logran ingresar por la puerta a la casa donde está el Señor, lo suben por el techo y lo bajan en medio de todos. Hacen ese esfuerzo convencidos de que el Maestro lo puede curar. En ese momento ocurre algo que sorprenderá a todos: Jesús, viendo *"la fe de esos hombres"*, los que habían cargado al lisiado, dice al paralítico *"tus pecados te son perdonados"*. No lo cura, le perdona los pecados; y no lo hace porque haya demostrado arrepentimiento, lo hace por la fe de los que lo habían cargado hasta allí.¹

Al contemplar la escena, los escribas y los fariseos que están allí presentes piensan *"¡está blasfemando!"* Entonces Jesús se dirige a esos ilustrados personajes que saben mucho de religión y les dice lo que ese día tienen que aprender: *"para que sepan que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados"*, y después le habla al paralítico: *"levántate, toma tu camilla y vete a tu casa"*. El pobre hombre no habla ni hace nada, solo aporta su pecado, su parálisis, su incapacidad, su impotencia. Gracias a la fe de los quienes lo habían llevado recibe el perdón y gracias a la incredulidad de los escribas y fariseos recibe la salud, se pone de pie, recupera su dignidad.

El que no podía entrar por la puerta sale por ella caminando. Ahora lo dejan pasar, pero la atención, una vez más, no se dirige hacia el que había sido paralítico: *"la gente quedó asombrada y glorificaba a Dios"*. Lo verdaderamente importante no son los hombres con fe que lo llevaron, ni la incredulidad de los escribas y los fariseos, ni siquiera lo que hizo Jesús; lo que importa es lo que hizo Dios. Jesús actúa *"para que sepan"*, está revelando quién es él y cómo es su Padre Dios. Es eso lo que son incapaces de ver los que creen que saben, los que no

¹ Cfr Marcos 2, 1-12

pueden abandonar su punto de vista aunque ante ellos camine un paralítico.

Las discusiones de Jesús con estos personajes en ciertas oportunidades nos muestran al Señor realmente enojado, incluso, en algunos textos se habla de cólera o ira ¿Por qué Él, siempre bondadoso y paciente, ante este tipo de personas, se disgusta así? ¿cuál es la causa de ese fastidio? Escuchemos: "Entonces, dirigiendo sobre ellos una mirada llena de indignación y *apenado por la dureza de sus corazones...*" Eso es lo que le duele, los corazones cerrados y endurecidos.¹ Los conflictos en apariencia son cuestiones en torno a interpretaciones de la ley, pero de lo que realmente se trata es de corazones necios que no quieren escuchar porque *creen que saben*.

El enojo del Señor no nace del odio sino del amor, Jesús ama a estas personas, les dedica mucho tiempo y esfuerzo. Intenta, por todos los medios sacarlos de su aislamiento y de esa voluntad de aferrarse a los límites de sus propias visiones del mundo. Quiere zarandearlos hasta arrancarles la coraza en la que están atrapados para que puedan ser libres ante Dios y tener una relación personal con él. El Señor insiste y no rehusa esos encuentros aunque, como ya sabemos, algunos de aquellos personajes finalmente decidieron mandarlo matar.

La caridad de Jesús queda también de manifiesto cuando los evangelistas nos informan que estos personajes lo interrogan "*para ponerlo a prueba*". No preguntan para saber sino para saber si el Señor sabe. Entonces Él les dice "¿por qué me tienden una trampa?" No dice "no me tiendan una trampa" o "no se debe hacer trampas". Pregunta por qué lo hacen, los invita a reflexionar sobre sus intenciones, a explicitarlas. "*¿Por qué piensan así en sus corazones?*" dirá a quienes en su interior pensaban "*está blasfemando*". No les dice "no sean mal pensados", les pregunta por qué llegaron a esa conclusión, quiere que quede a la vista el recorrido que hicieron en su interior para haber llegado a decir eso.

Caminar juntos puede llevarnos a discutir y a situaciones cargadas de tensión, pero eso no significa enemistad. Al mirar a Jesús podemos aprender a discutir sin la intención de ganar la discusión y, además, a enojarnos desde el amor.

Pilatos

Una escena del evangelio, que todos conocemos, puede ayudarnos a *caminar juntos* en este comienzo del siglo XXI y en este cambio de época que transforma profundamente la cultura, la Iglesia y nuestras

¹ Mc 3,1

vidas. Se trata de un dramático diálogo que se desarrolla en un juicio, en el pretorio de Jerusalén. Es muy importante recordar ese relato porque narra una discusión de enorme actualidad que comenzó hace dos mil años y aun no ha terminado.

Pilatos pregunta a Jesús qué es la verdad y sale rápidamente sin esperar una respuesta. No le interesa la discusión, tiene asuntos urgentes que son difíciles de resolver y el tema de la verdad resulta demasiado largo y complejo. Esa cuestión es para filósofos, no para un político práctico y ambicioso como él. El paso siguiente es lavarse las manos y declarar su propia inocencia.

"¿Qué es la verdad?"¹ El tono de Pilatos no corresponde a alguien que quiere saber, sino a quien lleva prisa y no acepta interrupciones. Es el tono que en nuestro tiempo percibimos en políticos, empresarios, comerciantes y muchos otros que no tienen tiempo para sutilezas; esa gente ejecuta, resuelve, decide, y no piensa en "cosas abstractas". Pero el apuro es una excusa, está en juego otra cosa: un modo de actuar que solamente tiene en cuenta la propia conveniencia. Quien solo piensa en lo que le conviene es incapaz de escuchar.

Esta escena nos muestra una actitud habitual en nuestra cultura y, al mismo tiempo, nos ofrece una respuesta ante la infinidad de Pilatos de nuestro tiempo. Jesús no se enreda en discusiones teóricas, no realiza ningún milagro, no pronuncia un largo y convincente discurso. Tan sólo, en un par de frases, dice quién es y a qué "ha venido". No organiza una marcha de protesta, ni convoca a un congreso de filosofía para denunciar los males que trae consigo el relativismo filosófico y moral. Simplemente se presenta tal como es. Cuando no importan los razonamientos la única respuesta posible es el testimonio de una manera de vivir.

El Señor, con su presencia y su actitud ante la injusticia destruye los argumentos en su contra, ni siquiera le dice a Pilatos que opte por la verdad, ni le explica, ni discute. Solamente afirma que está diciendo la verdad y que "*el que es de la verdad*", el que toma partido por ella, el que honestamente la busca, "*escucha su voz*". El problema de Pilatos es que no la busca, por eso no la encuentra; y por ese mismo motivo en el relato evangélico queda claro que es menos libre el procurador del imperio que su prisionero.

Jesús revela quién es y, a la vez, pone en evidencia quién es Pilatos. Lo desnuda ante sí mismo. Ese judío misterioso, con esa honestidad, esa valentía y esa claridad, deja al descubierto el corazón obnubilado, mezquino y pobre de aquel desconcertado gobernador.

¹ Jn 18,38

En ese diálogo entre Jesús y el romano resulta conmovedor escuchar los intentos del Señor por hacer entender al representante del César lo que está ocurriendo, por encontrarle una salida a la situación. En todo momento Jesús parece más dueño de la situación que su verdugo. Con sus palabras el Señor muestra amor y comprensión por ese hombre atrapado en su propia ceguera. A ese Maestro estamos llamados a seguir cuando *caminaamos juntos* en la Iglesia.

V

Mujeres que enseñan

En los Evangelios también encontramos grandes maestras en el arte de la comunicación, entre ellas se destacan: María, la madre de Jesús; Marta y María, dos hermanas que son amigas del Señor y la samaritana que dialoga con Jesús junto al pozo de Jacob. Cada una de ellas tiene algún tesoro oculto que puede iluminar el camino.

María

En los tiempos en los que Jesús caminaba por Galilea había otros como él que se presentaban como maestros espirituales, también había quienes aparecían como curanderos y otros que se consideraban líderes salvadores de ese pueblo oprimido por los romanos y en sus discursos mezclaban las cuestiones religiosas y las políticas. Pero algo distinguía a primera vista a Jesús de Nazaret de todos los demás: el hijo del carpintero además de convocar a discípulos reunía en torno a él a discípulas. Eso era muy extraño, para la religión oficial era completamente inaceptable.

Esas mujeres que acompañan a Jesús fueron muy importantes en el nacimiento de aquella primera comunidad, no solo están cerca del Maestro, además tienen papeles significativos, en algunas ocasiones tienen actuaciones más destacadas que los Apóstoles. Entre todas sobresale claramente María, la madre de Jesús, que cuidó al Señor en los primeros años de su vida y, mucho más adelante, también ayudó a dar sus primeros pasos a aquella comunidad reunida junto a Pedro después de Pentecostés. Para aprender a *caminar juntos* será bueno prestar mucha atención a esa verdadera maestra en el arte de escuchar que es la madre de Jesús y de la Iglesia.

Lucas nos presenta a María como una mujer muy joven, al señalar que estaba "*comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José*",¹ nos ofrece una pista muy valiosa: en aquella cultura ninguna mujer se comprometía antes de los quince años ni después de los diecisiete, o sea que María tenía esa edad. Expresa el texto del Evangelio que al escuchar esta jovencita cuál era la voluntad de Dios ella queda confusa, no comprende; Lucas añade que, azorada, expresó "*¿cómo puede ser eso?*"; sin embargo acepta lo que le dicen porque para Dios "*nada es imposible*". Así será toda su vida, un asombro permanente y a la vez una aceptación sin condiciones. Esa joven nos enseña que Dios nos sorprende porque supera nuestros planes y nos invita a dar pasos que nunca habíamos imaginado, pero,

¹ Cfr Lc 1, 26-38

sin embargo, no hay nada que temer. Esa confianza acompaña siempre a María, hasta el pie de la cruz en la que su hijo es asesinado.

¿Cómo hace la madre de Jesús para creer en palabras inconcebibles y para confiar en Dios a pesar de tantos dolores y desconciertos? El evangelio de Lucas dice lo que María hace: "*conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón*". ¿Cuáles eran "estas cosas"? El anuncio del ángel, las palabras de Isabel, el nacimiento del niño, la visita de los pastores; toda su vida se había convertido en una sucesión de "cosas" inimaginables. María las "conserva", las "medita", las "guarda". En otras palabras: María es una maestra en el arte de escuchar porque no escucha distraída, porque no vive superficialmente; se conoce a sí misma y acepta que es una "*pequeña servidora*", no se sorprende cuando no comprende. Para ella Dios es un misterio, y su propia vida también.

Una de las mayores dificultades que tenemos en nuestro tiempo para caminar juntos como una comunidad de discípulos de Jesús, es esa superficialidad a la que nos empuja la cultura en la que vivimos. Cuando no tenemos momentos para el silencio y el encuentro con nosotros mismos no hay manera de saber escuchar y tampoco de encontrarnos con los demás. María "*guarda en su corazón*" la Palabra de Dios y los acontecimientos que vive. Su fe está en profundo contacto con su vida y con la de su familia y sus conocidos.

Después de escuchar el misterioso anuncio del ángel, la joven embarazada se pone en camino para acompañar a su prima Isabel que también espera un niño. Es esta mujer quien le dice "*¡feliz de ti que has creído!*" y al decir esa frase señala lo más admirable de María: su fe. Una fe que dará sentido a su vida entera, desde su juventud en Nazaret hasta su ancianidad junto a los discípulos de su hijo, cuando permanece con ellos en aquella casa en la que esperan, "*con las puertas cerradas por temor*", la presencia del Espíritu de Jesús.

María *escucha* y su vida es la *respuesta*. Ella enseña que la respuesta está en lo que hacemos. Responder no consiste en encontrar una buena frase sino en hacer algo. Es un diálogo sin palabras en el que Dios va proponiendo situaciones a las que se responde con acciones. María enseña a sostener ese diálogo con valentía huyendo de las contestaciones superficiales y vacías; "*guardando en el corazón*" lo que no se entiende y avanzando confiados por caminos muchas veces misteriosos.

Marta y María

Lucas también nos presenta otras dos mujeres que nos enseñan a comunicarnos: Marta y María. El relato nos lleva a Betania, cerca de

Jerusalén, un lugar de descanso para reponer fuerzas en ese *caminar juntos*.¹

Cuando reciben a Jesús en la casa de Marta, María, su hermana, se sienta "a los pies del Señor y escuchaba su palabra". Entonces Marta "que estaba muy ocupada con los quehaceres de la casa, dijo a Jesús: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el trabajo? Dile que me ayude»". Si, como María, escuchamos con atención lo que expresa este relato, podemos darnos cuenta de algo importante que no se ve fácilmente: Marta está haciendo lo que en su cultura le corresponde hacer a una mujer y María lo que está reservado a los varones. Escuchar a un Rabí, un maestro, era cosa de hombres; "los quehaceres de la casa", de mujeres.

La respuesta de Jesús al pedido de Marta es una invitación a cambiar de actitud en algo muy profundo que no era fácil de comprender en aquel tiempo: "Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas, sin embargo, una sola es necesaria, María eligió la mejor parte, que no le será quitada". El Señor le está pidiendo a Marta que se vea a sí misma de una manera diferente, está animando a esta mujer a ver su relación con Jesús de otro modo, a dejar de lado lo que era socialmente aceptado y la forma en la que se había educado; en otras palabras: la está exhortando a cambiar de vida.

Las dos hermanas nos enseñan a comunicarnos con Jesús y entre nosotros. María, porque estaba "sentada a los pies del Señor" asumiendo con naturalidad una actitud que va contra las costumbres de su época, lo que hace exige cierto valor y demuestra libertad interior, no se deja llevar por lo socialmente establecido. Marta también es valiente, no se queda callada, interpela a Jesús, expresa lo que siente y, finalmente, es capaz de escuchar. Probablemente la respuesta que recibe no fuera la que esperaba, pero no se nos dice que no la aceptara.

Desde esa casa de Betania nos llegan estos testimonios que nos animan a caminar juntos comunicándonos con sinceridad, con libertad interior. Como había hecho Pedro cuando sacó a Jesús del camino para reprenderlo y exigirle que no dijera lo que estaba diciendo, también Marta se planta frente a Jesús y se atreve a decirle lo que el Maestro tiene que hacer, "dile que me ayude". Los dos reciben respuestas que no esperaban pero las aceptan, y ambos dejan una admirable enseñanza: la discusión ¡hasta con Jesús! es parte de la comunicación y pone de relieve la libertad a la que estamos llamados los que queremos *caminar juntos* en la Iglesia.

¹ Cfr. Lc. 10, 38-42

La samaritana

María, Isabel, Marta y la otra María, fueron mujeres que conocemos por sus nombres, en cambio, de aquella extranjera junto al pozo de Jacob solo sabemos que era "una samaritana". Su nombre quedó en el olvido, pero su diálogo con Jesús es difícil de olvidar ¹ y ofrece algunas pistas importantes para quienes queremos *caminar juntos*.

"*Dame de beber*", pide Jesús bajo el sol abrasador del mediodía. El Maestro se presenta necesitando algo esencial para la vida, básico: agua. Y lo pide a alguien doblemente excluido en Israel: una mujer y además samaritana, es decir, miembro de uno de los grupos más despreciados por los judíos.

El Señor está solo, sus discípulos han ido a buscar algo para comer y cuando regresan "*quedaron sorprendidos al verlo hablar con una mujer*", tan sorprendidos están que no se atreven a preguntarle nada, "*ninguno le preguntó: «¿qué quieres de ella?» o «¿por qué hablas con ella?»*". Ese silencio entre el Maestro y los discípulos refleja hasta qué punto están en presencia de un encuentro muy extraño y que les resulta incomprensible. La situación muestra, una vez más, la libertad de Jesús que no se somete a lo que hoy llamaríamos "socialmente establecido", o "políticamente correcto".

Para la samaritana la actitud de Jesús es también sorprendente y con su respuesta muestra cierta incomodidad: "*¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?*" Entonces Jesús provoca un cambio brusco en la conversación y aunque sigue hablando de "agua" el significado ya no es el mismo: "*si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: `dame de beber´, tú misma se lo hubieras pedido, y él te habría dado agua viva*". La palabra "agua" cambia de sentido, la conversación deja de ser superficial y el encuentro adquiere cierta intimidad y profundidad. Al Señor ya no le interesa el agua del pozo ni su propia sed, lo que le importa es esa mujer y la sed que ella tiene.

"*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice...*" El don de Dios es saber quién es él. Si ella supiera quién es él, descubriría un agua nueva y una forma de calmar la verdadera sed. Cuando la mujer sigue hablando del agua que hay en el pozo Jesús vuelve al tema que le importa: "*el que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed... El agua que yo daré se convertirá en manantial...*"

Mucho tiempo después los Padres de la Iglesia interpretarán estas palabras como un anuncio del próximo envío del Espíritu Santo. Junto a un pozo de agua, al mediodía, ante una excluida de la sociedad, Jesús

¹ Cfr. Jn. 4

utiliza un encuentro de aspecto casual para una revelación de extraordinaria trascendencia. El Señor se manifiesta en la vida cotidiana y en diálogos que parecen triviales.

La mujer no conoce *"quién es él"*, pero él sí sabe quien es ella y se lo demuestra al decirle que ha tenido cinco maridos *"y el que ahora tienes no es tu marido"*; no se trata de un reproche sino de decirle que conoce su corazón tantas veces abandonado, que sabe cuál es su drama, el origen de su sed.

Jesús no se queda en la superficie, mira en profundidad, mira el corazón, no se deja llevar por las apariencias. Esa es la maravilla y también la dificultad de caminar con él. A la samaritana le ocurre lo que tantas veces ocurre a los discípulos, junto a Jesús no hay espacio para las trampas, no hay margen para mentirse a uno mismo.

En ese momento ella abre su corazón: *"Yo sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo."* La mujer sabe que alguna vez ya nada quedará oculto, tiene un conocimiento lejano del Mesías; a su manera, y como extranjera, lo espera. Entonces recibe el don de Dios: *"soy yo, el que habla contigo"*.

La samaritana corre al pueblo a comunicar su encuentro con Jesús. El anuncio que ella hace no es la proclamación de una certeza sino de una duda, una duda que nace de haberse sentido escuchada, aceptada, reconocida de verdad, no despreciada ni dejada de lado; de haber sentido que alguien ipor fin! realmente había accedido al secreto de su corazón tantas veces desamparado.

"Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿no será el Mesías?". No es el anuncio seguro y solemne de los discípulos: *"¡Hemos encontrado al Mesías!"*. Es una pregunta que expresa una duda y una esperanza, ¿será? Pero la sola pregunta ya es algo inmenso, es una enorme ventana que se abre hacia una vida nueva.

Muchos en nuestro tiempo se parecen a la samaritana y buscan a Jesús sin conocerlo, incluso sin saber que lo buscan ni imaginarse que lo tienen delante. La samaritana ha oído hablar del Mesías, no sabe casi nada de él, pero a su modo lo espera. La proclamación de la Buena Noticia de Jesús brota de diálogos sorprendentes y verdaderos, mientras caminamos juntos.

VI

Solo la noche

Nadie está presente. Como se canta solemnemente cada año en todas las iglesias católicas la noche del Sábado Santo, solo ella, la noche, fue testigo de lo que ocurrió:

*"¡Qué noche tan dichosa!
Sólo ella conoció el momento
en que Cristo resucitó del abismo."*¹

Sí se sabe lo que sucede a la mañana siguiente: aquel día Jerusalén amanece dividida por un muro, un muro invisible pero real, un muro que no pasa por algunas calles sino por el interior de aquellas personas que, como todos los días, reinician sus labores. No está construido con ladrillos ni piedras sino con unas pocas palabras; como tantas otras, esta pared esta hecha con algo que al principio fue solo un rumor.

Durante las fiestas de la pascua judía había sido ejecutado en una cruz Jesús de Nazaret, en la ciudad todos saben lo ocurrido. Ahora aparecen algunos de sus seguidores que dicen que está vivo, que lo han visto, que hasta han comido con él. Los jefes del pueblo aseguran que durante la noche los discípulos del Nazareno se han robado el cuerpo, ¿a quién creerle? Las dos noticias circulan de boca en boca ¿cuál es la verdadera? Alguien miente. Ese es el muro que los divide.

Por un lado, ante la aparición del sepulcro vacío irrumpe la "información oficial" que habla de un robo: *"algunos guardias fueron a la ciudad para contar a los sumos sacerdotes todo lo que había sucedido. Estos se reunieron con los ancianos y, de común acuerdo, dieron a los soldados una gran cantidad de dinero, con esta consigna: Digan así: "Sus discípulos vinieron durante la noche y robaron su cuerpo, mientras dormíamos" ... Ellos recibieron el dinero y cumplieron la consigna. Esta versión se ha difundido entre los judíos hasta el día de hoy."*²

Pero también se escucha otra versión, que repiten con insistencia los amigos del profeta de Galilea: el que murió en la Cruz ahora está vivo, ha resucitado. *"Ustedes ... mataron al autor de la vida. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos."*³

¹ Pregón Pascual. El **Exultet**, llamado también **pregón pascual**, es uno de los más antiguos himnos de la tradición litúrgica romana de la Iglesia católica. Existen testimonios de su existencia desde fines del siglo IV d.c. Se canta integralmente la noche de Pascua en la Solemnidad de la Vigilia Pascual. (Wikipedia)

² Mt. 28, 11-15

³ Hc. 3,14

Desde esa madrugada, cada hombre o mujer que escucha la expresión "resurrección de Jesús" se enfrenta al mismo dilema: ¿a quién creerle? A partir de ese día cada uno que oye hablar del galileo se encuentra ante la inquietante pregunta ¿qué pasó esa noche?

Entre ambas informaciones se abre un abismo, no es posible algo intermedio. Quien cree que no resucitó, o no está muy seguro y no le parece importante plantearse esa pregunta, probablemente considere que Jesús fue un buen hombre o un idealista como tantos. No hay mucho más para agregar. Pero para quien cree a los que afirman que lo han visto vivo, Jesús se convierte en la persona más misteriosa, decisiva, fundamental y determinante. Aseverar que un muerto ha resucitado modifica la vida de quien lo dice.

Los textos bíblicos muestran con claridad que los discípulos son los primeros sorprendidos, sus reacciones reflejan el desconcierto que los invade, no entienden lo que ha ocurrido. *"Cuando (las mujeres) regresaron del sepulcro, refirieron esto a los Once y a todos los demás. Eran María Magdalena, Juana y María, la madre de Santiago, y las demás mujeres que las acompañaban. Ellas contaron todo a los Apóstoles, pero a ellos les pareció que deliraban y no les creyeron. Pedro, sin embargo, se levantó y corrió hacia el sepulcro, y al asomarse, no vio más que las sábanas. Entonces regresó lleno de admiración por lo que había sucedido."*¹ Pasará un tiempo hasta que, lentamente, comprendan muchas de las palabras que escucharon al Maestro y que ahora suenan diferentes a sus oídos.

¿Qué hacen los que creen que aquella noche el Maestro resucitó? ¿Cómo siguen sus vidas? La información que nos llega es sorprendente: los que insisten diciendo que el Nazareno está vivo comienzan a celebrar "otra Pascua", lo hacen cada domingo y abandonan el poderoso mandato de respetar el sábado. *"Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones"*².

La primera reacción es reunirse "el día del Señor", quieren repetir sus gestos y volver a escuchar sus palabras. Desde los primeros momentos sienten la necesidad de "hacer memoria", de celebrar una y otra vez aquella Cena en la que Jesús había dicho "hagan esto en memoria mía". Al compartir esa comida recuerdan cómo ha sido la vida del Señor, sus gestos, su manera de hablar y de amar, su ternura. En esos encuentros experimentan que el resucitado está entre ellos.

¹ Lc. 24, 9-11

² Hc 2,42

Desde el momento en el que comienzan a hablar de la resurrección todos quieren contar a los demás lo que viven. Los textos que se refieren a esos días usan insistentemente el verbo "correr": María Magdalena se encuentra con el sepulcro vacío y *corre* a anunciar a Pedro. Pedro y Juan *corren* hacia el sepulcro también ellos. Esos mismos discípulos que poco antes han huido y abandonado a su maestro, ahora tienen una fuerza, un entusiasmo y una valentía desconocidos.

María Magdalena es una figura clave en esos momentos, fue la primera, la que se levantó más temprano aquella mañana, la que ama tanto a Jesús que, "*cuando todavía estaba oscuro*", va caminando hacia el sepulcro. ¿No podía dormir? ¿Qué sentimientos agitan su corazón aquella noche? La que según la tradición es la pecadora que derramó perfume sobre los pies del Maestro, ahora camina en la oscuridad, también con sus perfumes. Pedro, el que negó tres veces al Maestro es el primero en recibir de ella el mensaje que cambiaría todo.

Esos hombres y mujeres, que corren de un lado a otro, se sienten personas nuevas y anuncian una nueva manera de vivir. Son pecadores, y bastante ignorantes, pero ven algo que otros no ven y quieren compartirlo. Algo esencial ha cambiado en sus vidas. No solo expresan que el Maestro está vivo, también dicen que ellos mismos ya no son los mismos.

Desde el primer momento, celebrar de una manera nueva la fiesta de la Pascua fue, para estos hombres y mujeres perplejos, su manera de recordar aquella alegría inaudita de la resurrección de Jesús y lo que ella significaba para sus vidas. No podían ni querían olvidarlo nunca.

La Pascua, la palabra quiere decir "*paso*", ya no se refiere al *paso* de los judíos a través del Mar Rojo hacia la tierra prometida, sino al *paso* de Jesús a través del océano de la muerte hacia la vida. Pero la celebración va más allá del recuerdo de ese momento: si el Maestro resucitó entonces todos pueden resucitar y compartir con él una vida definitiva y plena. Urge celebrar la nueva pascua, no hay que olvidar lo que ocurrió esa misteriosa noche.

Ahora bien, regresemos al sepulcro vacío que obliga a tomar una decisión, o se cree a quienes dicen que los discípulos se robaron el cuerpo, o a Pedro y los Apóstoles que dicen "ha resucitado". Notemos algo que suele pasar inadvertido: quien cree que Jesús resucitó, en ese mismo instante afirma que cree en los Apóstoles que dicen que resucitó, pues por ningún otro camino ha llegado esa noticia. La fe en la resurrección es inseparable de la fe en la comunidad que dice que resucitó.

A partir de entonces el centro de las miradas se desplaza hacia esas comunidades que con sus vidas hacen presente al resucitado. Como veremos más adelante quien mejor expresa esto es Pablo, es él quien comprende, al caer de su caballo, que en esas comunidades está vivo aquel que había muerto en la Cruz.

Lo que ocurre esa noche transforma y hace decisivos todos los gestos y las palabras de Jesús, pero también da una nueva dimensión a los gestos y las palabras de aquellos que vieron a Jesús resucitado y que celebran la Pascua con ese nuevo sentido. En última instancia, a quienes se les cree, o no, es a Pedro y a sus compañeros.

Cuando se leen los textos que hablan de la resurrección de Jesús se nota la dificultad que tienen los mismos discípulos para expresarse. Sin embargo algunas cosas están claras y una de ellas es que se trata de una experiencia compartida. Jesús aparece cuando están reunidos y siempre la iniciativa es de él. Aparece y desaparece –“estando las puertas cerradas”–, tiene un cuerpo y es el mismo que estuvo en la cruz –“miren mis manos y mis pies”–. Las marcas del suplicio son la prueba de que se trata del mismo cuerpo; pero a la vez es diferente y la relación con él ya no es la que tenían antes.

Jesús es el mismo pero ya no es como lo habían conocido y, sorprendentemente, ellos tampoco son los mismos. Algo muy profundo se ha modificado para siempre. Esas comunidades que celebran los domingos la “Cena del Señor” ya no viven en la oscuridad de la noche.

VII

¿También ustedes quieren irse?

Después de aquella misteriosa mañana la comunicación entre los discípulos y también entre los discípulos y Jesús, se transforma por completo. Comienza un tiempo diferente, el centro de los relatos se desplaza, la atención ya no se fija en el hijo del carpintero que camina por Galilea, cura a los enfermos, enseña verdades sorprendentes y hace presente la misericordia de Dios entre los pecadores; ahora el foco de atención se coloca en el resucitado y en las primeras comunidades animadas por su Espíritu.

Conviene distinguir dos momentos, en primer lugar esos cuarenta días que transcurren desde la resurrección hasta que el Maestro "es llevado al cielo"; en ese breve período Jesús aparece y desaparece, los diálogos son breves y misteriosos. En segundo lugar, lo que ocurre luego del acontecimiento de Pentecostés¹, cuando los discípulos "*quedaron llenos del Espíritu Santo, comenzaron a hablar en distintas lenguas*" y con una valentía inesperada anuncian que está vivo aquel que murió en la cruz. Entonces comienza una nueva historia.

Al partir el pan

Inmediatamente después de la resurrección de Jesús, anunciada a los Apóstoles por aquellas mujeres que "*fueron de madrugada al sepulcro*", el Evangelio nos presenta nuevamente a algunos discípulos del Señor caminando ², van de Jerusalén hacia Emaús, discuten, no se ponen de acuerdo, están tristes. Caminan juntos, pero sin Jesús.

El relato dice que el resucitado se acerca al grupo y empieza a caminar con ellos. Como en otras ocasiones, durante esos extraños días posteriores a la resurrección, el Señor se hace presente y no es fácil reconocerlo. Es el mismo que estuvo en la cruz, pero ha cambiado y no pueden reconocerlo.

Ahora su presencia en el camino hacia Emaús modifica el tono de la conversación que mantienen aquellos viajeros. Jesús no discute sino que "*empezando por Moisés y continuando por los profetas*", es decir, recorriendo toda la Escritura, les habla "*sobre él*". Lo hace de tal manera que después dicen "*¿no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino?*".

¹ Hc. 2,1

² Lc. 24

Está claro en el texto que los discípulos ya conocen esos escritos sagrados a los que se refiere Jesús y que también están al tanto de lo que ha pasado esos días en Jerusalén; además conocen los anuncios de los profetas que hablan de la vida y la muerte del Mesías, seguramente algunos pasajes los saben de memoria; hasta han escuchado noticias que se refieren a la resurrección del Maestro, sin embargo no comprenden y los invade la tristeza. Esos caminantes nos pueden recordar a algunas comunidades cristianas de nuestros días, quienes las integran saben todo lo que hay que saber y, sin embargo, no tienen vida, no experimentan la presencia de Jesús.

Ya en la casa, ¡al partir el pan!, los discípulos lo reconocen. Ese es el momento de re-conocer, de volver a conocer, el momento del reencuentro con Jesús. Es al compartir el pan cuando lo que saben de memoria se convierte en encuentro. Para que "caminar juntos" se convierta en "caminar juntos con Jesús" no basta hablar, leer o estudiar, será necesario partir y repartir el pan. *"Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista"*.

Quienes antes están ciegos ahora ven. Quienes antes dicen que es tarde y que el camino es peligroso ahora enfrentan la noche y el cansancio: *"levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén"*. Quienes antes están sordos ahora hablan, necesitan contar lo que ocurrió en Emaús. Comienza un tiempo nuevo. El Señor no está pero sí está. Algo completamente diferente ha irrumpido en la historia: ha nacido el tiempo de la presencia misteriosa y definitiva de Jesús. Ha comenzado nuestro tiempo.

En adelante no será suficiente caminar juntos y saberse de memoria el catecismo, es necesario partir el pan, es necesario el encuentro con el resucitado. El Papa Francisco lo dice así: *"No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: 'No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva'"*¹.

Primeras comunidades

El libro de los Hechos de los Apóstoles, las cartas de Pablo y otros escritos del Nuevo Testamento, nos muestran cómo es la comunicación entre los discípulos que caminan juntos impulsados por el Espíritu después de Pentecostés. Allí se dice que *"todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades*

¹ EG. 7

*y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón”*¹.

Sin embargo, otros textos, en el mismo libro, nos recuerdan que en las primeras comunidades también existen conflictos y se presentan dificultades: *“habiéndonos enterado de que algunos de los nuestros, sin mandato de nuestra parte, han sembrado entre ustedes la inquietud y provocado el desconcierto...”*².

Las cartas de Pablo abundan en la descripción de esas controversias que por momentos adquieren una notable virulencia: *“no puedo felicitarlos por sus reuniones, que en lugar de beneficiarlos, los perjudican. Ante todo, porque he oído decir que cuando celebran sus asambleas, hay divisiones entre ustedes ... Cuando se reúnen, lo que menos hacen es comer la Cena del Señor, porque apenas se sientan a la mesa, cada uno se apresura a comer su propia comida, y mientras uno pasa hambre, el otro se pone ebrio”*³.

Por una parte las primeras comunidades están llenas de entusiasmo y vida, pero por otra la experiencia comunitaria provoca conflictos. En los relatos que llegan hasta nosotros se refleja que los desacuerdos comunitarios logran superarse con valentía a través del diálogo y de las recomendaciones de los Apóstoles, pero queda en ellos muy claro que, desde los primeros pasos, *caminar juntos* es una aventura ardua y compleja.

Sin embargo, detrás de estos textos que nos traen noticias sobre aquellas comunidades, descubrimos algo más impactante: a quienes tenemos algún tiempo caminando en la Iglesia al leer esos relatos nos invade la sensación de conocer por propia experiencia aquello que viven los primeros cristianos. Las vivencias de esos hombres y mujeres que impulsados por el Espíritu de Jesús *caminan juntos* en Jerusalén, en Atenas, en Éfeso, en Antioquía, en Roma y en tantos otros lugares, no nos resultan desconocidas. Por el contrario, a pesar de la enorme distancia en el tiempo y de las obvias diferencias culturales, las experiencias de aquellas comunidades nos resultan notablemente familiares.

Ellos, como nosotros, se encuentran con Jesús en algún momento de sus vidas y procuran seguirlo formando comunidades en las que, más allá de sus limitaciones y pecados, comparten la vida, parten el pan, celebran juntos, se nutren de las palabras y los gestos de Jesús y

¹ Hc. 2, 44

² Hc. 15, 24

³ 1 Cor. 11, 17-20

anuncian a todos la resurrección y la vida eterna. En esas mismas actividades consiste hasta hoy lo esencial de la vida de las comunidades eclesiales. Si bien existe una distancia de dos mil años entre las prácticas de aquellas comunidades y las nuestras, percibimos una asombrosa proximidad.

Lo que dicen Pedro, Pablo y los otros discípulos en sus discursos o escritos sobre la resurrección del galileo, son la expresión de aquello que sus comunidades experimentan en sí mismas. Sus palabras expresan mucho más que una convicción sobre lo que ocurrió al tercer día, cuando después de la cruz el sepulcro amaneció vacío. Lo que hacen los Apóstoles en sus discursos y escritos es describir las vivencias más hondas de los primeros seguidores de Jesús.

Para los cristianos de antes y de ahora el anuncio de la resurrección es más que el reconocimiento de un suceso ocurrido en el pasado, es proclamar una experiencia que están viviendo. La fe en la resurrección transforma la comprensión que las personas tienen del sentido de sus vidas. Para aquellos hombres y mujeres, como dice Pablo a los Corintios, *"si Cristo no ha resucitado de entre los muertos la fe es en vano"*, e igualmente inútil y vacía es la vida misma ¹.

Ése es el delgado hilo que recorre dos mil años de historia y une aquellas comunidades con las que, en nuestro tiempo, hacen presente la vida de Jesús en todos los rincones del planeta. Desde entonces cada una de esas comunidades está formada por hombres y mujeres que han tenido la misma experiencia de los primeros discípulos y por eso se puede percibir en ellas esa fuerza que brota del espíritu de Jesús de Nazaret.

Los primeros cristianos no se transformaron en nuevas criaturas por la lectura de unos relatos sino por el testimonio de quienes habían experimentado en sí mismos la transformación que provoca el encuentro con el crucificado que está vivo. Nadie "vuelve a nacer" leyendo un libro o escuchando un discurso, la clave no radica en el contacto con los textos sino en el *caminar junto* a personas que han experimentado aquel *"encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida"* como señala el Papa Francisco.

Pedro

Al comienzo de estas reflexiones recordamos el momento en el que dos de los discípulos de Juan el Bautista siguen a Jesús hasta que él se da vuelta y les pregunta *"¿qué quieren?"*. Uno de esos dos es Andrés, el

¹ Cfr. 1 Cor 15,16

hermano de Simón Pedro. Y cuenta Juan (que es el otro que sigue ese día al Maestro), que Andrés *"al primero que encontró fue a su propio hermano Simón, y le dijo: 'Hemos encontrado al Mesías'"; y lo llevó a donde estaba Jesús. Entonces, sigue narrando Juan, "Jesús lo miró y le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan: tú te llamarás Cefas', que traducido significa Pedro."*¹ Así comienza, según este relato, la relación entre el Señor y ese discípulo que caminará con él el resto de su vida.

El caminar de Pedro junto a su Maestro está lleno de vicisitudes. El pescador es pintado en los evangelios como un hombre rudo y apasionado, por algunas de sus reacciones parece algo precipitado y hasta imprudente, pero en todo momento es destacado como el primero, como el elegido del Maestro por encima de los otros. Ese seguirá siendo su lugar después de la muerte y resurrección del Señor.

Son muchas las escenas de los evangelios que muestran a Pedro caminando junto a Jesús y en las que se describe con detalle la relación entre ambos. En algunas ocasiones se describen momentos en los que se producen discusiones entre Pedro y el Maestro; y en otras oportunidades queda claro que el discípulo no comprende lo que el Señor intenta transmitir. Pero hay un momento muy especial en el cual la actitud del vehemente pescador es sorprendente y de una belleza y sinceridad extraordinarias.

Aquel día Jesús pronuncia el discurso después llamado "del pan de vida". El Señor ha dicho algo difícil de comprender, algo que aún hoy seguimos "guardando en el corazón" con la esperanza de acceder al misterio que encierran esas palabras: *"éste es el pan bajado del cielo"; "el que coma este pan y beba esta sangre tendrá vida"*; al decir eso se refiere a su propio cuerpo y a su propia sangre. Entonces los que se habían reunido a escuchar el mensaje del Maestro se van mientras dicen *"es duro este lenguaje"*, no están dispuestos a seguir escuchando.²

Ahora está vacía aquella colina en la que se había reunido la multitud. Jesús se da vuelta, mira a sus discípulos y pregunta: *"¿también ustedes quieren irse?"*. Parece dispuesto a aceptarlo, él nunca fuerza a nadie a estar a su lado. Una vez más vemos a Jesús respetando la libertad de los que caminan con él y animándolos a usar esa libertad. Entonces Pedro, como en tantas oportunidades, responde por todos. Y no dice: Señor, nosotros nos quedamos porque nos gustó esto que has dicho del pan bajado del cielo, eso de comer tu carne y beber tu sangre, nos parece muy interesante y después lo vamos a enseñar a los demás. No, Pedro no dice eso ni nada parecido. Pedro dice: *"¿a dónde vamos a ir?"*; ise queda porque no tiene a dónde ir! No entiende, como no

¹ Jn. 1, 42

² Cfr. Jn. 6, 60-69

entienden los que se fueron, pero se queda. Y agrega: "*tú tienes palabras de vida eterna...*" Sí, las palabras a veces incomprensibles de Jesús están llenas de vida, de vida para siempre. Para Pedro es mejor estar junto a Jesús sin entender, que estar lejos de él escuchando otras voces, que se entienden pero no transmiten vida.

Pedro habla por todos los que caminan con Jesús y se quedan con él porque no tienen a dónde ir. Los que acompañan al Maestro no son los que tienen las cosas claras, al contrario, están ahí justamente porque no ven claro; porque están cansados de escuchar palabras que no transmiten vida; porque solo cerca de Jesús encuentran motivos y fuerzas para vivir. Porque él para ellos, para nosotros, es como un pan bajado del cielo.

Pero este discípulo apasionado que permanece siempre con el Maestro es también quien la noche de la traición lo niega, quien jura no conocerlo. Recordemos los hechos: poco antes Judas había entregado a Jesús, todos huyen asustados y Pedro "*lo seguía de lejos hasta el palacio del Sumo Sacerdote; entró y se sentó con los servidores, para ver cómo terminaba todo*".¹ Cuando se encuentra allí, por tres veces lo interrogan y "*entonces Pedro se puso a maldecir y a jurar que no conocía a ese hombre. En seguida cantó el gallo...*"² El canto del gallo es el anuncio de un nuevo día, simboliza el amanecer, el fin de la noche y del miedo.

Judas lo entrega por treinta monedas a quienes según la ley no podían matarlo, pero al ver cómo se desarrollan los acontecimientos y comprender que Jesús será condenado a muerte se arrepiente, devuelve el dinero, se desespera y se quita la vida. La narración sobre este trágico episodio es muy breve y escueta. Por el contrario, el relato de las negaciones de Pedro junto al fuego aquella noche está lleno de pormenores, al leerlo tenemos la impresión de estar contemplando la escena. Esos detalles solo se explican si el mismo Pedro los ha relatado. Tanto Judas como Pedro se arrepienten, pero uno se encierra en sí mismo y el otro corre llorando hacia la comunidad a contar lo que hizo. Sobre esa piedra se construyó la Iglesia, ese Pedro nos confirma en la fe mientras caminamos junto al Maestro.

Uno de aquellos misteriosos cuarenta días que transcurrieron entre la resurrección y el momento en el que Jesús "se elevó al cielo", el Señor aparece en la orilla del lago en el que Pedro y sus amigos están pescando. No es un paseo, una excursión de pesca, están trabajando, después de todo lo ocurrido la vida cotidiana continúa. El resucitado se presenta ipidiendo algo para comer! como tiempo antes había pedido

¹ Mt. 26, 58

² Mt. 26, 74

de beber a la samaritana. Juan lo reconoce y Pedro se tira al agua para llegar más rápido junto a su Maestro.

En la orilla, con sus manos, que tienen las marcas de los clavos, el resucitado ha preparado un fuego para asar los pescados. Están en silencio, *"ninguno se atrevía a preguntarle: «¿quién eres?»», porque sabían que era el Señor.*" La escena la relata el mismo Juan, y es él quien narra un diálogo al que no se puede agregar ni quitar una sola palabra: *"Jesús dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?».* Él le respondió: *«Sí, Señor, tú sabes que te quiero».* Jesús le dijo: *«Apacienta mis corderos».* Le volvió a decir por segunda vez: *«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?».* Él le respondió: *«Sí, Señor, sabes que te quiero».* Jesús le dijo: *«Apacienta mis ovejas».* Le preguntó por tercera vez: *«Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?»* Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería, y le dijo: *«Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero».* Jesús le dijo: *«Apacienta mis ovejas».*"¹

"Tú lo sabes". En su respuesta Pedro apela a lo que siente Jesús, no a expresar lo que siente él. Probablemente sea esa actitud la que pone en sus manos las llaves que le permitirán a Pedro abrir y cerrar. Su poder se apoya en el "tú sabes", su fuerza nace de la confianza, su seguridad emerge de su debilidad elegida como instrumento. Pedro sabe lo que el amor siente por él. Eso es lo que él sabe y siente, y es lo que lo convierte en el signo, la llave, la piedra; la referencia segura ante el misterio.

Junto al lago, ya sin miedo, Pedro puede expresar por tres veces lo que siente. El vínculo entre el Maestro y su discípulo es afectivo, no es intelectual. Pedro no "piensa como Jesús", es más, en muchas ocasiones ni siquiera comprende lo que Jesús dice. No importa, no es ese el motivo para caminar junto a él. Pedro es débil y niega a Jesús tres veces, tampoco importa, no fue Pedro elegido por su fuerza.

Después de Pentecostés, con una valentía que no era suya, *"Pedro poniéndose de pie con los Once, levantó la voz y dijo: «Hombres de Judea y todos los que habitan en Jerusalén, presten atención, porque voy a explicarles lo que ha sucedido... A Jesús de Nazaret, el hombre que Dios acreditó ante ustedes realizando por su intermedio los milagros, prodigios y signos que todos conocen... ustedes lo hicieron morir clavándolo en la cruz por medio de los infieles. Pero Dios lo resucitó, librándolo de las angustias de la muerte, porque no era posible que ella tuviera dominio sobre él.»*"²

¹ Jn. 21,15

² Hc 2,22

Pablo

A diferencia de Pedro, y de los otros apóstoles, Pablo no integra el grupo de aquellos que caminan junto a Jesús por Galilea. Sin embargo experimenta su propio encuentro con Cristo cuando descubre que en esas comunidades, que él combate, el Maestro está vivo. En el momento que es derribado de su caballo, Saulo se convierte en Pablo y con ese nuevo nombre comienza una nueva vida.

Caer del caballo es más que sufrir un accidente peligroso, es un hecho cargado de un contenido simbólico: significa perder una seguridad, un poder y en aquel contexto cultural, perder un lugar en la sociedad. Solo los ricos y los poderosos montaban a caballo. Aunque pueda asombrarnos, no se trata de algo muy diferente a la experiencia de compartir el pan. En ambos casos nos encontramos ante una pérdida de las propias seguridades, ante una forma de pobreza y una experiencia de abandono en las manos de Dios.

Es en ese momento del camino a Damasco cuando Pablo deja de estar ciego y sordo, es entonces cuando puede ver y escuchar algo nuevo: *"una luz que venía del cielo lo envolvió con su resplandor. Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»"*¹ Pero la escena aún no termina, Pablo pregunta: *"¿Quién eres tú, Señor? Yo soy Jesús, a quien tú persigues, le respondió la voz. Ahora levántate, y entra en la ciudad: allí te dirán qué debes hacer"*². Y Pablo se pone a caminar.

La experiencia de pobreza que vive el que comparte su pan se convierte rápidamente en una riqueza, nueva e insospechada. La sensación de desamparo y humillación que puede acompañar al que es derribado del caballo se transforma también en una nueva manera de mirar; ese cambio de "punto de vista" permite ver nuevas realidades y descubrir nuevos horizontes.

Al leer los escritos de Pablo observamos que este Apóstol parece ignorar a aquel Jesús que camina por Galilea curando enfermos o multiplicando el pan, casi no hace referencia a los milagros, discursos o enseñanzas del Maestro. Para Pablo el centro de su vida, y de la Buena Noticia que anuncia, arraiga en el acontecimiento de la Pascua: Jesús murió y resucitó, aquel que murió en la cruz está vivo. Pero hay algo más, lo que marca para siempre su vida es la pregunta *¿por qué me persigues?*, Pablo comprende: el que ha resucitado *está vivo en esas comunidades* que él quiere destruir.

¹ Hc. 9, 3-4

² Hc. 9, 5-6

Para este Apóstol excepcional la resurrección de Jesús es un retorno real y tangible a la vida, no algo etéreo, o mítico. Aquel Jesús de Nazaret que caminó por Galilea y murió en una cruz, verdaderamente vive en esas comunidades y actúa en el mundo a través de ellas. La inmensidad de este acontecimiento convierte en minúsculo todo lo demás, Pablo no quiere saber otra cosa, no le interesa nada más que lograr expresar de la mejor manera posible lo que ha descubierto. A los Filipenses les escribe: *"todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo. Más aún, todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a él"*¹.

Poco tiempo antes, cuando aún respondía al nombre de Saulo, el apóstol ha visto de cerca la muerte mientras participa del asesinato de Esteban; ahora, al caer del caballo advierte aquello que durante toda su vida será lo más determinante de su existencia: Jesús ha resucitado *en sus discípulos*. Es entonces cuando descubre que los seguidores del Maestro experimentan la vida de una manera completamente nueva y diferente, porque por su fe han muerto y resucitado con él. Es por ese motivo que no les importa morir. De esta manera lo dice a los Colosenses: *"Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios."*².

Como les ocurre a los discípulos en su relación con Jesús, entre Pablo y nosotros también parece haber un muro que hace difícil comprender algunas de sus afirmaciones. *"Ya que ustedes han resucitado con Cristo"* ¿cómo se entiende esa frase? Los compañeros de Jesús en Galilea tuvieron que aprender a guardar en sus corazones las enseñanzas del Maestro y a meditarlas pacientemente hasta que, poco a poco, fueron accediendo a sus misteriosas riquezas. Después de la resurrección, para caminar junto a Jesús es necesario aprender a meditar pacientemente las palabras de Pablo, Pedro, Santiago, Juan, y todos aquellos primeros testigos, porque también en ellos habla el Maestro y lo hace con un nuevo lenguaje.

Aquel muro que nos dificulta comprender no está formado por la complejidad de los conceptos expresados, por lo tanto el esfuerzo a realizar no consiste en desentrañar ciertos significados; es un muro construido por la incapacidad de compartir el pan, de bajarse del caballo; está levantado por el temor que impide avanzar hacia lo más hondo del misterio de la propia vida y que nos lleva a permanecer en la superficie de la realidad y de nosotros mismos. Es un muro que no se supera trepando sino excavando, atreviéndonos a profundizar.

¹ Fil 3,8

² Col 3, 1- 3

Como ya dijimos, en nuestros días este desafío es especialmente difícil y por eso nos cuesta tanto comprender nuestra fe como un encuentro con *"una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida"*. Hoy la cultura nos empuja a la superficialidad, atrapados por el consumismo y el entretenimiento cultivamos una actitud que nos aleja de nosotros mismos y de los demás. No se trata de algo anecdótico, de una moda sin consecuencias; allí reside la raíz de infinidad de nuestros males, muchos fenómenos de nuestra época encuentran su explicación en esta incapacidad para encontrarnos con nuestra propia interioridad, que es como decir con nuestra propia identidad.

Esa superficialidad se traslada también al terreno de la vida espiritual: huimos de los esfuerzos y de las preguntas difíciles, nos conformamos con devociones y "prácticas religiosas" que se parecen más a la magia que a la fe. Para muchos de nuestros contemporáneos las experiencias espirituales resultan válidas cuando no implican renunciaciones y sacrificios, cuando "brotan espontáneamente", cuando "tengo ganas", cuando "hago lo que siento".

Ya lo dijo Pascal: *"Todas las desdichas del hombre derivan del hecho de que no es capaz de estar sentado tranquilamente, solo, en una habitación"*. Es una forma de vivir, siempre en la superficie, lo que nos enajena en el más propio sentido del término, nos hace ajenos, ajenos a la realidad y a nosotros mismos, en otras palabras, quizás un poco duras: "nos enajena" quiere decir "nos vuelve locos". Las personas enajenadas no pueden relacionarse, viven aisladas, no pueden encontrarse de verdad con quienes los rodean, no pueden *caminar junto* a otros.

"Partir el pan", "bajar del caballo", es abandonar la supuesta comodidad de permanecer ajenos, de vivir como si el mundo no existiera; es arriesgarse al compromiso, mirar a los ojos, escuchar con el corazón y atreverse a nuevas palabras. Es hacer posible el encuentro. Es permitir que la fe en la resurrección de Jesús deje de ser una convicción intelectual, solamente creer que eso pasó aquel día, y permitir que comience a ser una realidad viva que haga de nosotros hombres y mujeres que, como dice Pablo, *"han resucitado con Cristo"*.

La locura de la predicación

El relato del día de Pentecostés es la descripción de un acontecimiento, de algo que ocurrió en un momento; pero no es solo eso, también es la expresión de una vivencia compartida por todos aquellos discípulos que sienten en sí mismos una fuerza que no pueden comprender. El viento, el fuego, las lenguas que los extranjeros entienden cada uno en su idioma; todos los signos que se utilizan en esa narración

expresan una experiencia profunda e imposible de transmitir con conceptos y discursos "racionales". Esa es la experiencia que se continúa a lo largo de los siglos. La única explicación posible que encuentran los discípulos es que el Espíritu de Jesús está en sus corazones y que es Cristo el que vive en ellos.

Los discípulos no expresan sus convicciones sino su experiencia, les pasan cosas que solo pueden decir de esa manera. Tienen una sensación difícil de traducir en palabras: se sienten más libres que antes, que han nacido de nuevo, que son nuevas criaturas, que lo que eran antes está muerto como estuvo muerto Jesús en la cruz, pero que ahora están vivos porque está vivo Jesús en ellos. Pablo dice que ha sido enviado *"a predicar el Evangelio y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo."*¹ Se da cuenta que sus palabras suenan poco sabias, que parecen la expresión de algo absurdo, pero dice que si no lo expresa así estaría traicionando el *"mensaje de la Cruz"*.

Pablo se niega a racionalizar y buscar explicaciones sensatas para una sensación que arde en su cuerpo y que no es algo que pueda expresar en forma "razonable". Entonces lo dice así: *"El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios. Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios y rechazaré la ciencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el hombre culto? ¿Dónde el razonador sutil de este mundo? ¿Acaso Dios no ha demostrado que la sabiduría del mundo es una necedad?"*²

Para este Apóstol la sabiduría del mundo es una necedad porque el mundo "con su sabiduría" no reconoció las obras de Dios, es decir, no fue capaz de darse cuenta quien era Jesús. Es por eso por lo que *"Dios quiso salvar a los que creen por la locura de la predicación"*. Esa locura es lo que esas comunidades están viviendo y proclamando, no es una manera de pensar diferente de aquella que sostienen los que consideran que Jesús está muerto, no es una teoría más entre otras posibles, no es un debate intelectual. El conflicto se establece entre lo que *piensan* unos contra lo que *experimentan* otros. Algunos no creen que Jesús esté vivo (se trata de una convicción que se apoya en un razonamiento lógico) y otros experimentan que sí lo está (aunque no encuentran razonamientos para expresarlo).

Pablo sabe que lo que dice suena a locura pero para él *"la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres"*, no puede decir otra cosa sin traicionar lo que él vive día a día y lo que otros viven con él de la misma manera. Ése es el fuego que ardía en ellos, ése es el

¹ | Cor 1,17

² | Cor 1,21-22

fuerte viento que los impulsa a hablar de una forma que quienes escuchan se preguntan *"¿cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua?"*¹.

Sin palabras

Las palabras no alcanzan, todos los discursos resultan insuficientes para expresar el misterio del sepulcro vacío. La inmensidad de lo que está en juego exige a cada generación una nueva manera de hablar, y de vivir.

Como las palabras no son suficientes lo que hacen es actuar, ponerse en camino. *"¿Cómo puede ser eso?"*² dijo María, y a partir de entonces su vida entera fue avanzar en un camino misterioso: entonces *"María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá"*³. Lo que hace esta jovencita es como lo que hizo Abraham al escuchar la voz de Dios que le dice *"deja tu tierra y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré"* y sin comprender *"Abraham partió, como el Señor se lo había ordenado"*⁴. O como Moisés, que escucha: *"yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo"*⁵ y entonces Moisés *"tomó a su mujer y a sus hijos y emprendió el camino de regreso a Egipto"*⁶.

Abraham, Moisés, María, Pedro, Pablo, esos son los nombres de aquellos que se ponen en marcha y a quienes no les alcanzan las palabras para expresar lo que viven pero responden caminando y articulando un lenguaje nuevo que parece una locura. A través de ellos llega a nosotros la invitación a caminar juntos, a avanzar de misterio en misterio. No es una convocatoria solo a "ser buenas personas" o a formar una "comunidad ejemplar", se trata de mucho más; se nos pide creer, confiar, compartir el pan, bajarnos del caballo de nuestras seguridades. No es suficiente decirnos unos a otros que tenemos que aprender a escuchar, que es necesario saber dialogar, que debemos ser pacientes y generosos. Para hacer eso no hace falta nacer de nuevo, el primer nacimiento es suficiente, cualquier persona "bien nacida" puede hacerlo. En una *Iglesia sinodal* estamos llamados a algo infinitamente más grande, a algo que supera nuestras fuerzas y nuestra imaginación.

El Papa Francisco expresa con claridad el objetivo: *"Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar «es*

¹ Hc 2, 1-11

² Lc 1,34

³ Lc 1, 39-41

⁴ Gn. 12,1-4

⁵ Ex. 3, 10

⁶ Ex.3,20

más que oír». Es una escucha recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, colegio episcopal, Obispo de Roma: uno en escucha de los otros; y todos en escucha del Espíritu Santo, el «Espíritu de verdad», para conocer lo que él `dice a las Iglesias´”¹.

O sea que no es una escucha como aquella a la que estamos más o menos acostumbrados, no se trata solo de encuestas, dinámicas de grupos, nuevas metodologías de trabajo; se trata de renovar el encuentro con el Espíritu “*para conocer lo que él `dice a las Iglesias´*”, de experimentar aquel viento que transforma. Un sínodo se hace para volver a sentir aquel fuego que quema todo lo viejo, para mirar con otra luz cada realidad, para iluminar este tiempo “*globalizado*” en el que la expresión “*católico*”, (universal), adquiere una dimensión hasta hace poco insospechada.

Baluceando nuevos lenguajes

En algunos ámbitos eclesiales se habla de la necesidad y la urgencia de construir nuevos lenguajes para comunicarnos mejor. Es una preocupación que nace al comprobar ese enorme espacio que en nuestro tiempo se abre entre la Iglesia y muchos hombres y mujeres de buena voluntad que no comprenden el mensaje que se proclama desde los templos. Se trata sin duda de un noble propósito, sin embargo es necesario tener en cuenta que los lenguajes no se pueden construir como se construyen, por ejemplo, las casas. Las casas se levantan ladrillo sobre ladrillo, aquí una puerta allá una ventana, pero los lenguajes tienen vida.

No se puede “fabricar” un ser vivo, no podemos “construir” un árbol ¿cómo distribuimos las células, cómo insertamos la savia? El trabajo es otro, debemos primero enterrar una semilla y esperar que crezca. Entonces ocurre ese milagro que todo aquel que vive en el campo conoce bien y que Jesús describe así: “*El Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo*” (Mc 4, 26). Un sínodo no es solo para “ponerse de acuerdo” sobre algunas cuestiones, para agregar más palabras a las muchas que ya decimos, para enfrascarnos en otro debate más; en un sínodo escuchamos y hablamos para sembrar palabras y actitudes que crecerán *sin que sepamos cómo*.

Puede iluminar nuestro camino algo que todos conocemos y que tampoco *sabemos cómo*. Se trata de un secreto al que la ciencia con todo su poder aún no ha podido acceder: ¿cómo se forman las palabras en el cerebro y el corazón de un niño? Sabemos hacerlo, repetimos

¹ Ap 2,7

“mamá” y “papá” hasta que poco a poco y después de muchos intentos brota de ellos la primera palabra. Sabemos que tenemos que repetirlo muchas veces pero desconocemos qué ocurre en el interior de esa criatura y cómo es posible que pueda articular su primer sonido comprensible. Cuando finalmente logra hacerlo el rostro de los padres se transfigura, toda la casa se transforma.

Es necesario recuperar la conciencia de ser las primeras comunidades, entre otras cosas, para dejar de asombrarnos ante una Iglesia balbuceante. Cada generación necesita escuchar una y otra vez hasta que brota en ella la palabra necesaria para ese tiempo y ese lugar.

Dos ejemplos. El primero quizás polémico: cuando el Papa Francisco a 10.000 metros de altura y a 900 kilómetros por hora dice: *“Si una persona es gay y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarlo?”*¹, en ese momento la Iglesia está balbuceando una palabra nueva que durante siglos se fue incubando en silencio. O cuando el mismo Francisco habla de *“la necesidad y la urgencia de pensar en una conversión del papado”*², está balbuceando palabras y realidades nuevas que eran inimaginables hasta poco tiempo antes. Con esa frase hace referencia a su encíclica *Evangelii Gaudium*³ en donde dice: *“me corresponde, como Obispo de Roma, estar abierto a las sugerencias que se orienten a un ejercicio de mi ministerio que lo vuelva más fiel al sentido que Jesucristo quiso darle y a las necesidades actuales de la evangelización”*. Palabras sorprendentes por las cuales más de uno hubiera sido condenado hace no mucho tiempo.

No debería llamarnos la atención una Iglesia balbuceante, no se trata de una Iglesia insegura, al contrario, deberíamos estar perplejos ante una Iglesia soberbia, con respuestas incuestionables para todo tiempo y lugar; es allí donde se esconden las inseguridades y los miedos. Desde hace dos mil años la Iglesia aprende a hablar mientras camina, desde entonces los discípulos de Jesús buscan a tientas las palabras más “razonables” y, como Pablo, expresan de la forma que pueden la *“locura de la predicación”*.

Al comienzo de su encíclica *Laudato Si*, el Papa Francisco señala: *“Las reflexiones teológicas o filosóficas sobre la situación de la humanidad y del mundo pueden sonar a mensaje repetido y abstracto si no se presentan nuevamente a partir de una confrontación con el contexto actual, en lo que tiene de inédito para la historia de la humanidad”*⁴. En estas palabras escuchamos nada más y nada menos que un eco de las palabras de Jesús en los Evangelios. Cuando el Maestro habla

¹ a bordo del avión papal 28/7/2013

² discurso 17/11/2015

³ E G 32

⁴ L. S. 17

siempre se refiere a la situación que las personas viven en ese momento, no elabora conceptos que sirvan para cualquier ocasión y todo tiempo; no es atemporal y teórico, sino concreto y comprometido con la realidad de cada presente. En ese compromiso con *"lo que tiene de inédito"* la vida misma, emerge aquello que confiere fuerza y trascendencia a sus enseñanzas. De esa manera se siembran las nuevas palabras que se convertirán en nuevos lenguajes.

Caminamos juntos en el comienzo del siglo XXI y nuestras comunidades son las primeras comunidades cristianas que hacen presente a Jesús en un mundo globalizado, las primeras con internet, las primeras en vivir en un planeta que está en riesgo de colapsar, las primeras que se expresan en las redes sociales; puede resultar muy larga la lista de las realidades *"inéditas"* entre las que transcurre hoy la vida de los cristianos. Es la primera vez que el mensaje del Evangelio se proclama en este día. Cada generación vive su experiencia de la mañana de la resurrección en un preciso momento histórico.

En su discurso a los Obispos Latinoamericanos, en Río de Janeiro, Francisco también se refirió a esa actualidad del mensaje cristiano: *"Dios es real y se manifiesta en el "hoy" ... El "hoy" es lo más parecido a la eternidad; más aún: el "hoy" es chispa de eternidad. En el "hoy" se juega la vida eterna"* ¹.

Caminamos juntos en la Iglesia y la Iglesia camina en este tiempo. Si queremos hacer lo que hacía Jesús y lo que han hecho durante dos mil años todas las primeras comunidades, no es necesario ir a buscar al pasado frases o imágenes que iluminen el presente, la tarea es profundizar en el presente para encontrar en él las huellas de Jesús. El Señor no es de antes, es de ahora. Hoy *camina junto a nosotros*.

El mensaje que proclamamos será atractivo y eficaz en la medida que seamos capaces de poner en contacto el Evangelio de siempre con las situaciones de hoy. El pasado y la historia nos animan y entusiasman con su extraordinario tesoro de mártires, santos, brillantes pensadores y testimonios de vida conmovedores, pero son solo el punto de partida para desde allí atreverse a balbucear palabras propias en cada tiempo y lugar.

En un videomensaje en el que se dirige a teólogos reunidos en Buenos Aires ² el Papa Francisco señala: *"no se es cristiano de la misma manera en la Argentina de hoy que en la Argentina de hace 100 años. No se es cristiano de la misma manera en la India, en Canadá, o en Roma. Por lo que una de las principales tareas es discernir y reflexionar: ¿qué significa ser cristiano hoy, 'en el aquí y ahora'?"*

¹ Discurso obispos Rio de Janeiro 27/7/2013

² Video mensaje 3/9/15

¿Qué significa ser cristiano hoy en esta realidad? Se nos convoca a vivir junto a María un nuevo Pentecostés, somos la primera comunidad cristiana en este año y en este lugar. Hoy a nosotros nos pregunta Jesús "*¿qué quieren?*", nos invita a encontrarnos con él y a descubrir un lenguaje para expresar ese encuentro.

VIII

Renovar el encuentro

Un poco de historia

Como ya vimos, los primeros cristianos están en contacto directo con Jesús de Nazaret, viven la experiencia de Pentecostés y anuncian su resurrección. Los relatos evangélicos, y el libro de los Hechos de los Apóstoles, nos muestran de qué manera el encuentro con el Maestro cambia para siempre sus vidas y cómo desde el momento que comienzan a transmitir su experiencia a los demás éstos a su vez la comunican a otros.

No pueden callar, necesitan compartir lo que están viviendo. Así lo expresa Juan al comienzo de su primera carta: *"lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos. Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la vimos y somos testigos"*.¹

Pasado el tiempo desaparecen los que han visto al Señor con sus propios ojos y empieza otra etapa. Diferentes relatos coinciden en destacar que entonces, cuando ya no viven los primeros testigos, quienes se acercan a las comunidades cristianas experimentan la presencia de Jesús y sienten que sus vidas cambian por completo. Sorprendentemente el encuentro con las comunidades que creen en la resurrección tiene el mismo efecto transformador que el encuentro con el Nazareno por los caminos de Galilea.

En ese clima que se vive en los tiempos iniciales se escriben los evangelios, pero fue mucho más tarde que esas historias llegan a todos. Conviene recordar que por entonces divulgar los escritos no resulta fácil y que aquellos hombres y mujeres en su mayoría son analfabetos. El Evangelio se difunde a través de los testimonios personales, no de los textos. La experiencia del encuentro con Jesús se transmite persona a persona y comunidad a comunidad.

Lentamente los escritos se multiplican, pero recién en el siglo XX! la difusión adquiere una dimensión masiva y se configura el panorama que observamos en la actualidad. También para esas fechas comienza a superarse significativamente el analfabetismo. Hasta entonces los relatos se escuchan, no se leen, y muy pocos acceden a ellos.

¹ | Jn 1,1

Esa difusión masiva de los textos tiene una consecuencia muy positiva: aumenta ampliamente el número de quienes conocen el mensaje y la vida de Jesús de Nazaret. Y otra consecuencia, que implica un enorme reto: se multiplican aquellos que acceden a esos escritos pero no tienen la experiencia del encuentro personal con el Señor. Surge así una nueva y numerosa población integrada por quienes conocen los textos y valoran las enseñanzas que contienen, pero no experimentan un encuentro personal que modifique sus vidas.

Hoy es relativamente fácil acceder al conocimiento de multitud de datos sobre algún personaje histórico o contemporáneo, pero es evidente que eso no es lo mismo que conocerlo personalmente y establecer un vínculo con él. Podemos saber más de ese personaje que de nuestro vecino o de algún familiar cercano, pero no se trata de un conocimiento personal y, además, es un conocimiento que no genera algún tipo de compromiso.

Cuando un cristiano describe su encuentro con Jesús no se refiere a esa clase de conocimiento que se adquiere como un dato al que se accede a través de la lectura, el estudio, la televisión, el cine o cualquier otro medio. Los testimonios de las primeras comunidades se refieren a un conocimiento que llamamos "personal" porque implica, por una parte una relación con una comunidad y, por otra, alguna forma de respuesta de quien recibe el mensaje.

El mensaje está presente en una comunidad que lo proclama en signos, gestos y palabras; ese mensaje puede ser multiplicado por individuos, por escritos, producciones audiovisuales, redes sociales y una multitud de medios, pero en última instancia es un mensaje que nace en una comunidad y quienes lo comunican se presentan como miembros de esa comunidad. Para que se produzca el encuentro es necesario el mensaje, la comunidad y, además, la respuesta de quien lo recibe. Hasta que no se produce la respuesta no se enciende la chispa del encuentro.

Quienes conocen a Jesús sin tener una relación personal con él pueden vivir plenamente sus vidas y destacarse de muchas maneras, servir ejemplarmente a la humanidad y realizar acciones memorables, pero no se sienten impulsados por el Espíritu de Jesús, no experimentan su fuerza ni su presencia. No tienen un vínculo con él. Quizás sean magníficas personas y moralmente mejores que muchos creyentes, pero por algún oculto motivo no se enciende en ellos la chispa que inflama el fuego del encuentro.

Encuentro y camino

En su gran encíclica *Evangelii Gaudium*, Francisco nos dice que la resurrección de Jesús "no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable". ¹

Aquello que comienza como un rumor entre los habitantes de Jerusalén se extiende poco a poco a los pueblos vecinos, luego a las naciones cercanas y finalmente llega al mundo entero. La noticia de la resurrección del Galileo circula de boca en boca como uno de esos ríos subterráneos que circulan por debajo de la tierra y cada tanto aparecen en la superficie y fluyen como silenciosos manantiales.

Cuando Esteban dice «veo el cielo abierto y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios» ²; cuando aquel etíope pregunta a Felipe "¿de quién dice esto el Profeta?" y luego pide ser bautizado ³; cuando Pablo escucha "¿por qué me persigues?"; cuando Lidia escucha a Pablo junto al río y decide bautizarse con toda su familia ⁴; cuando con temor y temblor brota en nuestros labios un sincero "creo", o al menos un "quiero creer", en cada uno de esos momentos *la fuerza imparable* de la resurrección emerge como un manantial y transforma la vida. Desde hace dos mil años cada vez que alguien responde al llamado del resucitado la fuerza de ese río nace en esa tierra que parece seca y silenciosamente cambia la historia.

Hoy, cuando "el mensaje de la Cruz" se encuentra con corazones que responden al llamado, vuelve a brotar con la misma fuerza de los primeros días aquel entusiasmo de los discípulos que caminan junto al Maestro por Galilea. Entonces las palabras dejan de ser solo la noticia de algo que ocurrió hace mucho tiempo y cobran vida. Esa es *la fuerza imparable* de la resurrección, esa es la fuerza que se desata cuando las palabras de siempre se encuentran con las preguntas de ahora.

Sin embargo no debemos confundirnos, no estamos en presencia de algo mágico. Aunque sean millones y millones las personas que proclamen a gritos su experiencia del encuentro con el resucitado, el sepulcro vacío sigue siendo un misterio. La resurrección del Maestro permanece en la historia como una provocación, como algo absolutamente impenetrable. Para repetir las palabras de Pablo, la resurrección es siempre "una locura" para "el razonador sutil de este mundo", un "escándalo" para quienes no creen y, también, –¿cómo no

¹ E.G. 276

² Hc. 7, 56

³ Hc 8,36

⁴ Hc 16, 14-15

reconocerlo?– para ese “no creyente” que habita en cada hombre o mujer de fe. ¹

La experiencia del encuentro con el Señor resucitado transforma para siempre la vida, pero ese encuentro no es el final del camino. Es el comienzo. Esas vidas ya transformadas por su encuentro con el resucitado no dejan de ser frágiles. Los creyentes siguen sometidos a todos los altibajos de la condición humana. Desde los primeros relatos llegan hasta nosotros las dudas, los miedos y las vacilaciones de los discípulos. Caminar juntos es acompañarnos unos a otros sosteniéndonos mutuamente en la fe. Como dice el mismo Pablo *“llevamos ese tesoro en recipientes de barro”* y por extraordinario que sea el tesoro el recipiente sigue siendo de barro. ²

Por eso el encuentro con Jesús, como todo encuentro personal, implica una atención y un cuidado. Ninguna relación humana se sostiene en el tiempo si no se cuida y se cultiva. El Papa Francisco lo expresa así: *“invito a cada cristiano en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él, de intentarlo cada día sin descanso.”* ³ Aunque parezca un juego de palabras conviene decirlo: renovar el encuentro es hacerlo nuevo, volver a escuchar las mismas voces de una manera nueva.

Ese cuidado permanente, que mantiene vivo el encuentro con el resucitado es para Francisco especialmente urgente en nuestro tiempo, porque *“el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada”*. Esa tristeza es el mayor peligro que amenaza hoy en el camino, es el miedo que tienen los discípulos de Emaús en la oscuridad de la noche.

El Papa advierte: *“los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida ... ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado”* ⁴.

¹ cfr. 1 Cor. 1, 18

² 2 Cor 4, 7

³ EG 2

⁴ Ibid.

IX

La noche y los signos

*En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.
San Juan de la Cruz*

La Luz

La oscuridad de la noche no se disipa con argumentos sensatos. La noche en la que comienza la celebración de la Pascua se transforma con un poema y con la luz de un cirio, no con un discurso:

*En esta noche de gracia,
acepta, Padre Santo,
el sacrificio vespertino de esta llama,
que la Santa Iglesia te ofrece
en la solemne ofrenda de este cirio,
obra de las abejas.¹*

Desde el principio el anuncio de la resurrección se realiza a través de señales. Signos simples, concretos: agua, pan, vino, la vacilante luz de una vela...; signos y palabras que con su sencillez revelan misterios inexpresables en conceptos y forman un nuevo lenguaje que atravesará los siglos con su mensaje.

Ese cirio, que “*aunque distribuye su luz, no mengua al repartirla*”, será el que transforma esa noche y todas las noches:

*Sabemos ya lo que anuncia
esta columna de fuego,
ardiendo en llama viva para gloria de Dios.
Y aunque distribuye su luz,
no mengua al repartirla,
porque se alimenta de cera fundida,
que elaboró la abeja fecunda
para hacer esta lámpara preciosa.
¡Qué noche tan dichosa*

¹ Pregón pascual

*en que se une el cielo con la tierra,
lo humano con lo divino!
Que el lucero matutino lo encuentre ardiendo,
Oh lucero que no conoce ocaso y es Cristo,
tu Hijo resucitado,
que volviendo del abismo,
brilla sereno para el linaje humano,
y vive y reina por los siglos de los siglos. ¹*

"*Oh lucero que no conoce ocaso y es Cristo...*" Serán ese lenguaje poético y esos signos a la vez misteriosos y transparentes, los portadores de aquella locura expresada en el *mensaje de la Cruz*.

La Cena

El primer gran signo aparece pocos días después de Pentecostés. Aún no se han apagado los ecos de aquellas jornadas dramáticas y los discípulos ya hablan de un lugar especial para el encuentro con el Maestro: la "*Cena del Señor*". Aquella comida se convierte rápidamente en una oportunidad privilegiada para reencontrarse con el resucitado. Tal como el Señor les había dicho que hicieran, ellos se reúnen y repiten ese gesto de compartir el pan y el vino.

Esos encuentros son el momento de "hacer memoria", de recordar los signos y las palabras del Maestro. De esa manera hacen presente al resucitado y los discípulos experimentan su presencia como real y así lo viven y transmiten. Verdaderamente el Señor está presente en la celebración de esa Cena tal como lo prometió.

Con el paso del tiempo se convierte esa comida en un rito litúrgico y aparece el riesgo de reemplazar la experiencia por un ritualismo vacío de contenido, pero ese peligro es superado también con el correr del tiempo por infinidad de personas que experimentan en la "*Cena del Señor*" el encuentro vivo con el resucitado. Lo esencial de aquella comida ha permanecido intacto a lo largo de dos mil años y la celebración de la que se puede participar hoy en cualquier parroquia, en lo más hondo es fiel reflejo de aquella comida del Señor con sus discípulos.

Hoy, como ayer, en la primera parte de la Cena se escucha la Palabra de Dios. Los textos transmiten todo tipo de mensajes. Allí encontramos historias de amor, narraciones de batallas, cuestiones legales, poemas, y dramas, muchos dramas; algunos de ellos cargados de sangre, dolor y muerte. Lo que se escucha en ese primer momento de la liturgia no son palabras bonitas que sirven para olvidar las penas de la vida, al

¹ Ibid.

contrario, se trata de relatos que invitan a profundizar más, a ir a las raíces, a mirar de frente la tragedia de la humanidad y las tragedias entre las que transcurre en este mundo la vida de cada hombre o mujer.

El drama comienza en las primeras páginas, Adán y Eva, Caín y Abel. La presentación es poética y de una inagotable belleza. “¿Dónde estás?”, esa es la primera pregunta dirigida por Dios al hombre y a la mujer. Ellos se han escondido y aparece entonces la segunda pregunta “¿quién te dijo que estabas desnudo?” El paraíso del que nos habla la Biblia no es un lugar encantador parecido a una playa del Caribe, es más bien como el bello escenario de un drama de sangre. Muy pronto se escucha otra pregunta: “¿dónde está tu hermano?” Y las excusas: “¿soy yo acaso el guarda de mi hermano?” Y en último lugar la frase terrible que recorrerá toda la historia hasta el final: “la sangre de tu hermano clama a mi desde la tierra”. Nada ni nadie podrá silenciar esa sangre. ¹

Todas las historias que se nos relatan en la Biblia están de alguna manera manchadas por esa sangre. Infinidad de conflictos, guerras, traiciones, injusticias desfilan ante el que lee o escucha. La Palabra que se proclama en cada eucaristía no nos invita a mirar para otro lado, al contrario nos expone todos los detalles de la tragedia. Pero no se trata de un relato sensacionalista que pretende transmitir miedo, es el relato de la historia de un pueblo que más allá de sus debilidades y traiciones sigue siendo fiel a su Dios; y la historia de un Dios que no abandona a su pueblo. A pesar de los pecados y de toda la sangre derramada el pueblo sigue esperando y Dios sigue salvando, el diálogo no se interrumpe aunque el pueblo se sienta abandonado por Dios y Dios sea traicionado por el pueblo.

Al final, después de haber sido derramada en la Cruz la única sangre verdaderamente inocente, el mismo Jesús aparece en el camino hacia Emaús y muestra como todo ese trágico río de exilios, lágrimas y sangre, desemboca en el Gólgota, en su propia sangre. El autor de la Carta a los Hebreos dirá más tarde que esa sangre habla “mejor que la de Abel”².

La eucaristía no es solamente una comida de amigos, ni tampoco es solamente el recuerdo de un drama que ya pasó; es también la memoria de una tragedia en la que aún estamos. En cada misa que se celebra se recuerda que Jesús se metió en la historia de los hombres para mostrar el amor de Dios y que no lo hizo solamente de palabra sino entregando su vida.

¹ Cfr. Gen 1 ss

² Heb 12,24

No se trata de un drama que se representa ante espectadores sino que en él todos somos actores. Lo que ahí se relata también ocurre en la vida de los que escuchamos. Todos tenemos parte en ese drama y desempeñamos en él un papel, las acciones de cada uno influyen en el desarrollo del argumento. Participar de la eucaristía significa tomar partido, elegir un lugar desde el cual vivir el drama del mundo. Para que la eucaristía sea el tiempo y el lugar del encuentro con el resucitado es necesario revivir la tragedia que allí se comunica.

Cuando se reduce la Cena del Señor a un encuentro festivo o a una bella ceremonia, y se la arranca del contexto en el que esa Cena se celebró: la noche, la traición, la angustia, el miedo; entonces es difícil que ese momento sea un encuentro con el resucitado. Cuando la eucaristía es solamente "una devoción", algo "que me hace bien", una práctica que tiene como protagonista al discípulo y no al Maestro, entonces pierde su fuerza de signo, deja de ser el lugar en el que Jesús "se deja ver" y la celebración de la Pascua es una formalidad vacía.

Caminamos juntos compartiendo la Cena del Señor, allí se encuentra el alimento que fortalece en el camino. Si bien lo que se evoca ocurrió hace dos mil años, el hecho de recordarlo lo hace presente y contemporáneo. Al hacer memoria ponemos en contacto nuestra vida con ese manantial de vida que brota de la fuerza imparable de la resurrección del crucificado.

El agua

Además del pan y el vino otro elemento de uso cotidiano será completamente transformado por las primeras comunidades: el agua.

El signo del agua recorre toda la historia de Israel. Aquellos que peregrinan por el desierto encuentran en el agua el gran símbolo de la vida. Sin agua, hombres, animales y la tierra misma mueren, pero apenas unas gotas son suficientes para que retorne la vida.

En el plano espiritual, para los judíos el agua simboliza también la Palabra de Dios y la Ley:

*"¡Feliz el hombre ...
que se complace en la ley del Señor
y la medita de día y de noche!
Es como un árbol
plantado al borde de las aguas,
que produce fruto a su debido tiempo,
y cuyas hojas nunca se marchitan:*

*todo lo que haga le saldrá bien.”*¹

Desde el principio de la creación, cuando el Espíritu de Dios “*aleteaba sobre las aguas*”², hasta los días en los que Juan el Bautista convoca a los pecadores para que en el río Jordán reciban “*un bautismo de conversión*”³, el agua una y otra vez se hace presente como expresión de vida y de purificación.

En el tiempo de Jesús de Nazaret, aquellos que se hacen bautizar por Juan se sumergen en el agua del río para comenzar una vida nueva. El rito consiste en sumergirse un momento, contener el aire y al salir aspirar una gran bocanada de aire nuevo. Ese aire simboliza el espíritu⁴, de manera simbólica el bautizado recibía un nuevo espíritu, un nuevo aire, un nuevo aliento. Así se manifiesta que algo ha muerto en el bautizado, el pecado, y que por un nuevo espíritu se recibe una vida nueva. El bautismo en el Jordán es una metáfora que expresa una forma de morir y resucitar.

Jesús le confiere a este gesto una dimensión asombrosa: “*tengo que recibir un bautismo, ¡y qué angustia siento hasta que esto se cumpla plenamente!*”⁵. Para el Señor su bautismo es verdaderamente su muerte, y la resurrección es la vida junto al Padre. Ya no se trata de un símbolo. Será gracias a la Pascua, el paso de la muerte a la vida, que los cristianos reciben el Espíritu Santo que efectivamente les da una vida nueva. Por eso más tarde Pablo dirá: “*en el bautismo, ustedes fueron sepultados con él, y con él resucitaron, por la fe en el poder de Dios que lo resucitó de entre los muertos.*”⁶

Los bautismos de Juan eran solo una metáfora, un gesto que expresa la voluntad de abandonar el pecado y comenzar otra vida; pero en el bautismo que se realiza en la Iglesia, en el nombre de Cristo al comienzo y en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo después, el agua verdaderamente borra el pecado y verdaderamente proporciona una vida nueva. Esas primeras comunidades descubren en la experiencia de sus vidas que ya no se trata solo de un símbolo, descubren que lo que se simboliza realmente ocurre. Más tarde a esos signos se los llamará “sacramentos”⁷.

¹ Salmo 1

² Gen. 1, 2

³ Lc. 3,3

⁴ El espíritu (en hebreo ruah) es ‘el soplo’, y en primer lugar el del viento, o también el aliento, la respiración. Dic Bíblico León Dufour.

⁵ Lc 12.50

⁶ Gal. 2,12

⁷ Los sacramentos confieren la gracia que significan. Son *eficaces* porque en ellos actúa Cristo mismo; Él es quien bautiza, Él quien actúa en sus sacramentos con el fin de comunicar la gracia que el sacramento significa. (Catecismo de la Iglesia Católica 1127).

El agua del bautismo se convierte entonces en el nuevo Mar Rojo, el nuevo Jordán, en la nueva manera de pasar de la muerte a la vida. Los primeros cristianos encuentran en el bautismo la manera de expresar el ingreso a esas comunidades que caminan junto al Maestro como “*resucitados*”.

Por eso Pablo dice “*ustedes han resucitado con Cristo*”¹; por eso, también, el bautismo y la Cena del Señor son los grandes signos que manifiestan el misterio que no logra expresarse solamente con discursos.

La Cruz

Pablo dice a los Corintios que él ha sido enviado “*a anunciar la Buena Noticia, y esto sin recurrir a la elocuencia humana, para que la Cruz de Cristo no pierda su eficacia*”².

Como ya vimos, al Apóstol no le alcanzan las palabras para expresarse y prefiere que sus razonamientos suenen a una “locura” antes que traicionar el mensaje que contiene esa Cruz. No quiere hablar de la resurrección sin hablar de la Cruz porque es esa muerte ignominiosa de Jesús la que le da a la resurrección su fuerza, la que inserta ese acontecimiento en la historia del pueblo de Israel y de toda la humanidad. Es la Cruz aquello que evita que el mensaje de la resurrección se iguale a tantos otros relatos mitológicos que hablan de la vida después de la muerte.

Muy lentamente se va convirtiendo el signo de la Cruz en el gran signo que identifica a las comunidades que caminan junto al Maestro. En los primeros tiempos, varios siglos, esa imagen era demasiado dura y difícil de aceptar ¿cómo reunir a la comunidad en torno a esa figura que resulta dolorosa hasta el extremo de la repugnancia? Paulatinamente la Iglesia va descubriendo que ese signo es completado por la presencia de la comunidad reunida para celebrar la resurrección de aquél que de esa manera ha muerto. La comunidad reunida en torno a la Cruz y celebrando la resurrección de aquél que allí se desangra hasta morir, se convierte desde entonces en el gran signo vivo que expresa el misterio.

Las cruces que se encuentran en las iglesias cristianas, aquellas que podemos ver en las paredes de nuestras casas o las que pueden colgar del cuello o fijarse en una prenda de vestir, no son adornos. La Cruz es un signo que nos invita a continuar contando esa historia hasta completarla. Junto a una cruz estamos apremiados a mostrar con nuestra vida de qué manera ese crucificado está vivo.

¹ Col 3, 1- 3

² I Cor. 1,17

Solo la noche "*conoció el momento en que Cristo resucitó del abismo*", y solo desde nuestras noches podemos hablar de la resurrección del crucificado. Ese es el signo, el signo vivo: la vida del cristiano que proclama la resurrección desde su noche. Puede ser la noche de la enfermedad o del exilio; de la guerra o del hambre; del terror o la injusticia; desde muchas noches, desde todas las noches, desde la noche de cada corazón puede completarse esa historia que se comienza a narrar en cada cruz.

Para eso caminamos juntos, para ser ese signo que hace presente esa historia de amor, la historia del amor de Dios por cada uno de los que quieren caminar con él.

Conclusión: el lenguaje de siempre para las noches de hoy

El Maestro de Nazaret transmite una sabiduría diferente, su visión del mundo no se parece a la de los intelectuales sino a la que tienen las personas que trabajan con sus manos, que aprenden observando la naturaleza y compartiendo su vida con los hombres y las mujeres de su pueblo. Su profunda mirada penetra en los corazones y en los acontecimientos; su manera de expresarse parece más la de un poeta que la de un moralista, un analista político o un dirigente religioso. Enseña a través de paradojas, imágenes, metáforas; su discurso es colorido, accesible y, a la vez, profundo y desafiante.

Sus primeros discípulos no tienen su conmovedora capacidad de expresión, pero sin embargo no encuentran otra opción que continuar el camino de hablar como los poetas. También ellos necesitan recurrir a imágenes y en sus cartas o sus discursos se expresan utilizando comparaciones, figuras a veces fantasiosas y, en otras ocasiones, alegorías tomadas de los sueños.

Cuando nos aproximamos a los personajes del Nuevo Testamento y a sus maneras de expresarse, descubrimos que no es necesario continuar la inútil búsqueda de algún lenguaje supuestamente nuevo y que lo mejor es reencontrarse con la frescura de los relatos iniciales. Es ese lenguaje el que recorre los siglos y el que conserva con toda su fuerza y su belleza el mensaje del carpintero de Galilea. Es esa forma de hablar la que se abandona cuando se eligen los caminos de la política, de la moralina, de la superficialidad espiritual o de los rituales vacíos.

Repitémoslo una vez más: "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"¹. Ese encuentro solo es posible *caminando juntos*, solo en comunidad podemos encontrar al Maestro y aprender su lenguaje claro, directo, transparente y misterioso.

En el encuentro con esa "Persona, que da un nuevo horizonte a la vida" se descubren las palabras que permiten abandonar las espiritualidades superficiales que pretenden manipular la angustia del hombre y la mujer de hoy; abandonar esas recetas supuestamente espirituales que ofrecen un intento de "comercio con Dios", de respuestas "piadosas", vacías y de mal gusto, que solo sirven para alejar del Evangelio a quienes sinceramente buscan a Dios en la oscuridad de sus noches.

No existen los atajos, en la noche, en las noches, se oculta el secreto que hace posible el encuentro. También es necesario repetirlo:

¹ E.G. 7

*"¡Qué noche tan dichosa!
Sólo ella conoció el momento
en que Cristo resucitó del abismo."* ¹

Desde la noche es posible ese encuentro que transforma la vida. Ya sea en las dolorosas noches personales, o en esas noches que se abaten sobre sociedades, iglesias, e incluso sobre el mundo entero. Es en esos momentos cuando el lenguaje, los gestos y la ternura del profeta de Galilea iluminan, purifican y renuevan.

Quienes creemos en "la fuerza imparable" de la Pascua experimentamos día a día y noche a noche "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo" ², conocemos también las alegrías y los dolores de esta Iglesia que por momentos parece un castillo de naipes; pero cerca del Maestro aprendimos a caminar sobre aguas tormentosas.

Escuchando las parábolas del hijo de María, y contemplando sus gestos, descubrimos también que Dios se encuentra en los corazones inquietos más que en las seguridades de los cerebros esclarecidos. De Él recibimos la fuerza que nos permite anunciar en este tiempo, y en este lugar, la alegría del Evangelio.

¹ Pregón Pascual. El **Exultet**, llamado también **pregón pascual**, es uno de los más antiguos himnos de la tradición litúrgica romana de la Iglesia católica. Existen testimonios de su existencia desde fines del siglo IV d.c. Se canta integralmente la noche de Pascua en la Solemnidad de la Vigilia Pascual. (Wikipedia)

² G.S. 1